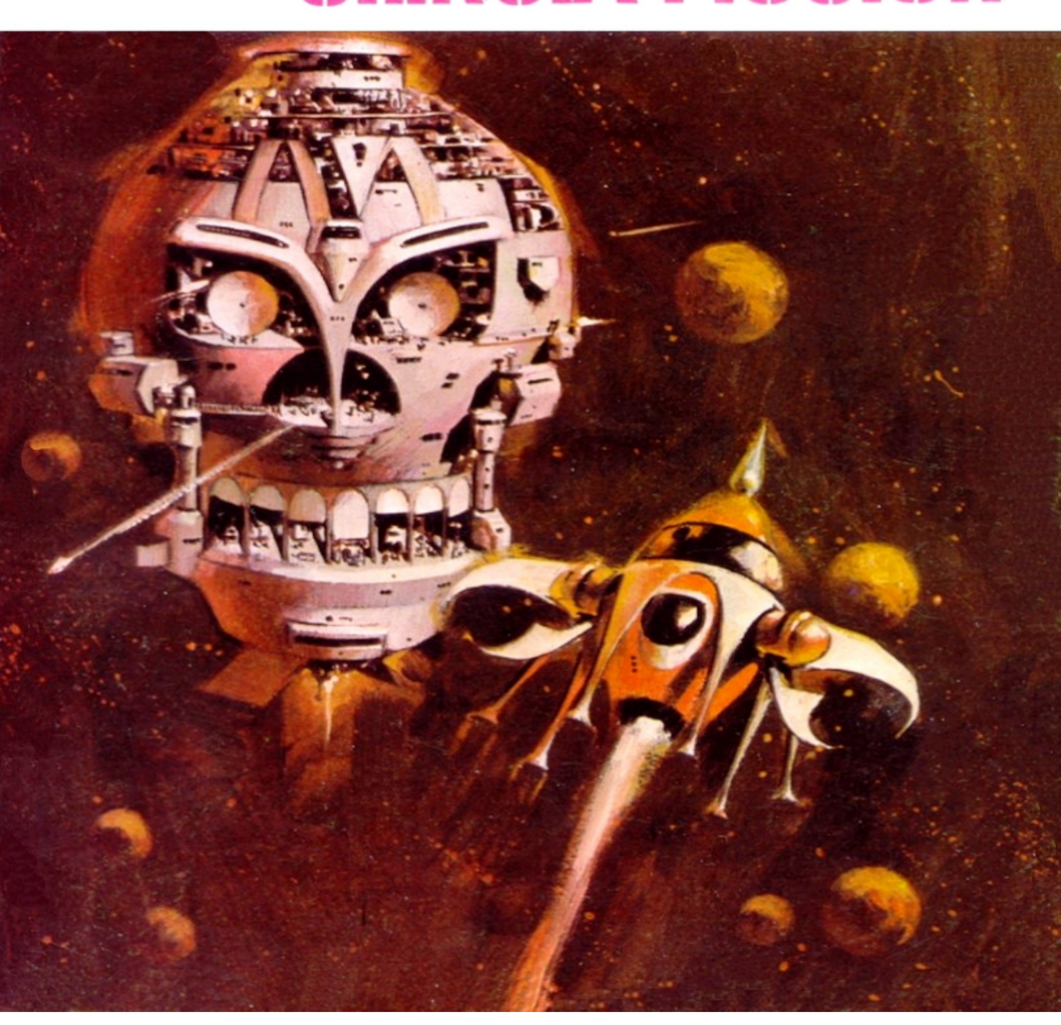
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

EL ENIGMA DE AIRON

Alf Regaldie

CIENCIA FICCION




eb
LA CONQUIST
DEL ESPACI

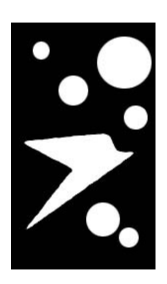
ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

351 — Los terrícolas — *Marcus Sidéreo*
352 — Mundo aislado — *A. Thorkent*
353 — Preludio para el apocalipsis — *Kelltom McIntire*
354 — Poder absoluto — *Glenn Parrish*
355 — Nido de monstruos — *Kelltom McIntire*

ALF REGALDIE

EL ENIGMA DE AIRON

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 356
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 16.783 – 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1. º edición: junio, 1977

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

El joven comandante Robert Stanley, al mando de la astronave *Galaxia II S-2,* dirigió su mirada hacia el lugar que ocupaba el profesor Max Coleman, el cual, a pesar de vestir ropa térmica, daba la sensación de que experimentaba aún bastante frío.

No hizo Stanley pregunta alguna, pero el doctor Coleman comprendió su mirada.

Y dijo:

—Lo siento, Bob, pero aún tengo frío.

—Más lo siento yo, doctor Coleman. Pero no es prudente que eleve más la temperatura interior.

—Lo sé, Bob. Y me aguanto...

—¿Por qué no se acuesta un rato? Tal vez el descanso le haga reaccionar favorablemente.

—He descansado más que suficiente. Además, el descanso excesivo dificulta la circulación de la sangre... La peor enfermedad son los años, muchacho...

—Usted es joven aún, ¿no?

—Sí... Un joven de ciento veinte años. No está nada mal, ¿verdad? —dijo Coleman, con festiva ironía.

Seguidamente, dirigió la mirada a Margaret Loos, la joven y atractiva co-piloto de la astronave.

—No tienes idea de lo que os envidio a Margaret y a ti. Incluso a Hood. Daría bastante de mis conocimientos científicos por tener treinta años. Y aunque fuesen cuarenta...

Hood Rogers, un veterano de unos cincuenta años, comprobó, una vez más, el rumbo de la astronave. Y señaló un encogimiento de hombros.

Seguidamente, se despojó de la poca ropa que conservaba puesta, quedándose con un simple taparrabos y unos ligeros y cómodos mocasines.

Hacía ya algún rato que Stanley se había quedado también con el mínimo de ropa.

El comandante de la astronave dirigió su mirada a Margaret Loos, la cual acusaba el calor y, sin embargo, se mantenía vestida, aunque las ropas que llevaba fuesen ligeras.

—Teniente Loos —dijo Stanley.

—Diga, señor...

—Estás llena de prejuicios. En ese sentido, debes encontrarte a mediados del siglo pasado...

En la expresión de Stanley se adivinaba el buen sentido del humor de qué solía hacer gala.

Margaret Loos prefirió mantenerse en silencio.

Y Stanley prosiguió:

—Puedes abandonar los mandos y darte una ducha. Y quedarte un par de horas en tu cámara. Allí podrás reducir la temperatura hasta mantenerla a tu gusto.

Margaret no tardó en replicar:

—Soy un soldado, señor. Y estoy dispuesta a aguantar lo que sea necesario...

El cincuentón Hood Rogers sonrió con expresión socarrona y dijo:

—La verdad es que no andamos sobrados de agua, la producción es escasa. Y debemos sacrificamos.

El veterano prosiguió, a la vez que se ponía en pie y se desperezaba:

—Me voy un par de horas a mi cámara. Por el momento, no hay novedad, y Margaret será tan buena que echará un vistazo a mi tablero.

—Puedes irte tranquilo —respondió Margaret.

La linda y atractiva teniente, sin abandonar la vigilancia que le estaba encomendada, se puso también de pie y, de la manera más natural, se despojó de la ropa, conservando únicamente el mini pantalón de fino tejido.

—Así será más soportable —se limitó a decir Margy, sentándose de nuevo.

El doctor Max Coleman no hizo comentario alguno, limitándose a contemplar, extasiado, la bella espalda de la chica.

Margaret, al cruzar su mirada con la de Stanley, que reflejaba viva admiración, preguntó:

—¿Piensa que así he entrado ya en nuestro siglo, señor?

—Es un buen detalle —respondió Bob.

—Creo recordar que en la primera época, cuando la humanidad hizo su aparición sobre la Tierra, hombres y mujeres iban desnudos.

—Estado de pureza… —señaló el comandante, en broma.

—Más bien diría yo que falta de industria. Porque cuando fueron capaces, comenzaron a cubrirse.

Hablaban tanto Stanley como Margaret, en tonillo humorístico, que no dejaba de ser incisivo.

El doctor Coleman, silencioso hasta entonces, intervino para decir:

—Pienso que, en muchas cosas, no avanzamos en línea recta, sino trazando circunferencias. Unas más estrechas, otras más amplias…

—¿En el espacio, doctor? —preguntó Margy, en tono de broma.

—Y en el tiempo; más en el tiempo que en el espacio.

Seguidamente dijo:

—¿Sabes que eres endiabladamente atractiva, Margy?

—Me lo han dicho más de una vez, aunque procuro no exhibirme. Pero pienso que una mujer es algo más que una atractiva figura o un lindo rostro.

Stanley se sintió aludido. Él había pronunciado tal frase en más de una ocasión.

Y dijo en respuesta:

—Tu belleza es impresionante, Margy. Sin embargo, la suma de todos los otros valores positivos que posees, la superan…

—Eso no me lo habían dicho jamás, señor. Gracias.

—Las gracias hay que dártelas a ti por tu generosidad…

—¿Se refiere a “mi puesta de largo” para entrar en la sociedad del nuevo siglo? —preguntó la hermosa chica, con picaresca gracia.

Rieron todas hasta Hood Rogers, que se había quedado a escuchar la conversación, y a admirar la belleza de la co-piloto.

El veterano se dispuso a retirarse, mientras Margy proseguía, manteniendo su tono festivo:

—¿No teme que se resquebraje la disciplina, señor?

—En absoluto. Confío en la tripulación, en todo momento. He tenido mucha suerte con ella…

En el tablero que correspondía a Hood Rogers se produjo una señal luminosa de alarma, que fue detectada por el veterano cuando,

antes de retirarse, se disponía a dirigir una última mirada,

Margy Loos le avisó a su vez:

—Algo extraño sucede, Rogers.

—Me he dado cuenta. Pienso que no me voy a retirar a descansar.

Volvió hasta su asiento, e hizo funcionar algunos de los dispositivos de la especie de salpicadero que tenía ante sí.

—Peligro indeterminado —comunicó al comandante Stanley, el cual se hallaba pendiente de su informe.

Y añadió:

—No me gusta.

—Atento para cuando haga cambiar el rumbo —avisó Stanley a Rogers.

Este se concentró en lo que era su misión.

Y a una muda interrogación del comandante de la astronave, respondió:

—Tengo la impresión de que nos hemos desviado del foco que puede suponer el peligro que amenazaba.

—Pero ¿subsiste el peligro?

—Sí, aunque atenuado.

Por su parte, el doctor Coleman había comenzado a realizar determinadas observaciones, valiéndose de los aparatos de precisión de qué disponía.

Contrajo su gesto hasta el punto de que Stanley le preguntó:

—¿Qué sucede, doctor.

—En esta galaxia existe un evidente desequilibrio…

—Sí, ya nos habló usted de ello.

—Junto a grandes masas de materia, que dará paso a mundos nuevos, que restablecerán el equilibrio, hay mundos agotados, quemados…

—Y que pueden hacer explosión…

—Exactamente…

En el momento en que el doctor Coleman daba como buena la idea expresada por Stanley, se reavivaron las señales de peligro, y la astronave sufrió una fuerte sacudida.

El doctor Coleman, bien sujeto por su cinturón de seguridad, permaneció inmóvil en su puesto; y otro tanto sucedió a Robert Stanley.

Hood Rogers, que no se había asegurado aún, salió disparado con violencia.

En cuanto a la linda co-piloto, fue arrancada de su asiento para caer sobre Robert, quien la sujetó fuertemente, previniendo otra sacudida.

Se produjo una segunda convulsión, y entonces fue Margaret quien se aferró al recio cuerpo de Stanley.

Rogers, aunque aturdido, previniendo el segundo golpe, había logrado sujetarse bien a los pies de su propio sillón, hacia el cual había ido resbalando.

Stanley, atento a las señales que se habían ido produciendo, hizo maniobrar a la astronave, haciéndola variar de rumbo.

Se produjeron dos nuevos movimientos, aunque de bastante menos intensidad que los anteriores.

Y dijo para animar a sus compañeros de viajes

—Parece que nos alejamos del peligro.

Sentía Bob sobre sí el suave contacto de la piel de Margaret, así como su perfume, que en aquel momento le pareció un tanto enervante.

La atractiva chica soltó el abrazo, y dijo, con graciosa picardía:

—¿Me permite, señor? Parece que ha pasado ya el peligro… Y le ruego que me dispense. Ha sido un imperdonable descuido mío…

Suspiró Stanley primero y sonrió a continuación, a la vez que aflojaba el abrazo, soltando a la chica.

—Lo importante es que no nos haya sucedido nada desagradable. ¿Qué tal, Hood?

—Nada de particular. He tenido mucha suerte…

—Mejor así…

Margaret había vuelto a ocupar su puesto, ajustándose entonces el cinturón de seguridad.

Una vez situada, y realizadas las comprobaciones más elementales para asegurar que todo iba bien, dirigió a Robert una mirada que caló hondo en el joven comandante, el cual se mantuvo silencioso, como si soñara.

Volvieron a producirse señales de alarma.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó Stanley.

—En esta ocasión, es en nuestra astronave —comunicó Rogers.

El doctor dijo a su vez:

—Nada en el exterior. Nos alejamos de la explosión… Sí, ha debido ser un mundo que ha hecho explosión. Ahora pasaré al laboratorio a ver qué muestras han sido recogidas en el espacio. Y las analizaré…

Con una seguridad de movimientos impropia de la edad que decía tener, Coleman, se despojó del cinturón de seguridad, abandonó su asiento y se dirigió al laboratorio, cerrando las correspondientes compuertas tras de él.

—Es un incendio —anunció Rogers.

—¡Vaya, hombre…!

—Localizado… Dispositivos contraincendios… —dijo el propio Rogers.

Margaret pasó a otro tablero, asegurándose en él.

Y se dispuso a actuar para, con el auxilio de Rogers, extinguir los fuegos.

No pasó mucho tiempo sin que pudiese anunciar:

—Terminó el fuego...

Realizó seguidamente unas comprobaciones y dijo:

—Pero parece que hemos quedado afectados.

Stanley, atento a los informes que le llegaban, hizo sus comprobaciones y trató de corregir el rumbo de la astronave.

Al fin, comunicó a su linda co-piloto y a Rogers:

—Sólo obedece a medias.

—Intentaré la reparación —dijo Rogers.

Mientras actuaba sobre determinados dispositivos, tomó Margaret a su cargo el mantener la nave en el rumbo que seguía, y el comandante Stanley encendió una pantalla, en la cual se fueron sucediendo diversos mapas siderales.

Al tiempo que estudiaba los mapas, realizaba los cálculos pertinentes hasta llegar a establecer un plan para el caso que fallase la reparación automática de las averías que se hubiesen podido producir a causa del incendio.

El rostro de Hood Rogers comenzó por reflejar duda, y concluyó por expresar desánimo.

Y se dirigió a su comandante para decirle:

—Habremos de volver a la base para hacer la reparación.

—No es fácil volver a la base. Tardaríamos demasiado tiempo, y correríamos el riesgo de quedamos sin combustible y sin víveres...

—Comprendo. No podemos maniobrar adecuadamente...

—Así es...

—¿Entonces? ¿Estamos condenados a seguir indefinidamente en el espacio hasta que vengan en nuestra ayuda?

—Nada de eso, Rogers. Con las correcciones de rumbo que nos permite la avería, podremos llegar a un planeta llamado Airón...

—¿Y cree que allí podremos reparar...?

—Hay que intentarlo...

—¿Existe la vida en él?

—Parece que sí... Consultaremos al doctor Coleman. Pero, por otra parte, no estamos en condiciones de elegir...

Margaret aceptó como buena la idea de dirigirse a Airón; y Stanley inició la corrección de vuelo que la avería le permitía, y que les conduciría hasta el desconocido planeta.

CAPÍTULO II

CAPÍTULO II

Apenas si había aparecido en la correspondiente pantalla la silueta que correspondía al planeta Airón, cuando Margy anunció:

—Nos atacan. Nada menos de cuatro cohetes se dirigen a nuestro encuentro, con ánimo de destruirnos...

Sin dejar de hablar, la joven había fijado posición y velocidad de avance de los cohetes.

Y poco después, éstos se señalaban como cuatro veloces saetas en otra pantalla.

—Carga atómica —dijo Stanley refiriéndose a los cohetes atacantes.

—Ahí va nuestro "*S-Láser*" —anunció Margy.

Pulsó el emisor de rayos, tras tomar una nueva serie de datos, y comprobar que la dirección era la idónea.

En la pantalla que servía de observatorio para lo que pudiese suceder en el exterior, se señalaban los cuatro proyectiles cohete de carga atómica, según había detectado el dispositivo correspondiente.

La pantalla seguía perfectamente el desplazamiento de los cohetes enemigos.

Y no tardaron en aparecer en la misma pantalla las fugaces señales luminosas que marcaban la trayectoria de los "*S-Láser*".

Se producía todo en centésimas de segundo y, sin embargo, daba la sensación de que transcurrían largos y angustiosos minutos.

Convergieron rayos y cohetes y se produjeron las explosiones, detectadas en la astronave gracias a las pantallas de observación.

Pronto los cuatro cohetes de cabeza atómica no fueron más que unas nubecillas de tenue humo. Y un recuerdo en las mentes de los astronautas terrestres.

Stanley ordenó a Margaret:

—Emisiones de rastreo.

—Emisiones de rastreo en activo —respondió la atractiva chica.

Se habían vuelto a cruzar sus miradas.

Margy se sintió íntimamente satisfecha al comprobar que había despertado en el comandante de la astronave una viva y cálida admiración.

Se había llegado al punto en que la astronave, según las instrucciones que le había dado Stanley a los mandos electrónicos, debía iniciar su descenso para posarse en el planeta Airón.

Margaret comentó:

—Por extraño que parezca, no hay síntomas de que intenten otro ataque.

—La respuesta que hemos dado a su primer ataque les ha debido

hacer comprender que cualquier otro intento estará condenado, también, al fracaso.

Se había ido normalizando la temperatura en la sala de mandos, y Margaret se puso en pie unos momentos, para volver a vestir las finas prendas de que se había despojado con anterioridad.

Y volvió a ponerse el cinturón de seguridad.

La astronave había iniciado su descenso sobre el planeta.

Y tanto la chica como Stanley y Rogers se colocaron las gafas adecuadas a la *luz negra*.

Manipuló Stanley en una gran pantalla central.

—Ahí tenemos al planeta Airón en todo su detalle.

El doctor Coleman, que se había ausentado para estudiar lo referente a la explosión de que habían sido víctimas, regresó.

Pero en lugar de informarles sobre los datos logrados, referidos a lo sucedido en la región del Cosmos que habían abandonado, se refirió al planeta Airón, dando sus principales características.

Y dijo finalmente:

—En resumen, el aire tiene una composición muy semejante al de nuestra Tierra. Por tanto, no tendremos problemas por esa parte.

—Magnífico. Es un aire que nos va muy bien —bromeó Margy.

—A ti te ha sentado de maravilla, muchacha. No hay más que verte —dijo galantemente el viejo profesor.

Seguidamente, prosiguió:

—Como la gravedad en Airón es ligeramente menor que en la Tierra, al principio necesitaremos medir bien nuestros esfuerzos para evitamos alguna situación azarosa. Hasta que nos habituemos, claro.

—Me pondré plomo en los pies —anunció Margy.

Era noche en la región por donde abordaban el planeta.

Habían visto pequeñas y extrañas ciudades, dos de ellas, sumergidas en gran parte en grandes y profundos lagos.

—Pienso que es de esa región de donde debemos huir, por el momento —dijo Stanley.

En su examen minucioso de la corteza del planeta, se presentó a su vista un calvero bastante amplio, situado en una región de bosque espeso y llano, el cual cubría una vasta meseta.

—Pienso que ése es el lugar idóneo —dijo Stanley.

Los restantes miembros de la tripulación mostraron asimismo su conformidad. Rogers fue quien se encargó de hacer, desde su sitio de mandos, una limpieza y perfecto allanamiento del terreno.

Y Margy, siguiendo las instrucciones de Stanley, condujo a la astronave hasta que ésta se posó suavemente en el lugar elegido.

—Aquí nos quedan aún un par de horas de noche —anunció el profesor.

—Las aprovecharemos para descansar, excepción hecha del que

se quede de guardia, cerca de los aparatos detectores.

Iba a proponer Stanley que se dividiese la guardia con un reparto equitativo del tiempo, exceptuando al doctor Coleman, cuando Rogers ofreció:

—Me quedaré yo. He sido el último en descansar. Y por otra parte, no tengo necesidad ninguna de descanso.

—Yo me quedaré aquí, estudiando. Tampoco necesito descansar —dijo el profesor, el cual añadió:

—No sé cómo me voy a habituar de nuevo a las divisiones del día y la noche, a la división del tiempo...

—Por cierto, ¿cómo son aquí las horas?

—Algo más cortas que en la Tierra. Ya ajustaré unos relojes, si tan necesarios nos van a ser —dijo el propio Coleman.

—Tendremos que tener una idea clara del tiempo que transcurre —señaló Stanley.

En tanto razonaban los tres hombres, Margaret, sigilosamente, se dirigió a su cabina.

No necesitaba descansar. Pero sí deseaba reflexionar.

Y ponerse de acuerdo consigo misma para orientar sus futuras relaciones con el joven comandante de la aeronave.

Sin embargo. Margaret fue vencida, por el sueño. Y se durmió.

Cuando despertó, pudo comprobar prontamente que era totalmente de día. Un día soleado, iluminado por un disco anaranjado que se alzaba por el próximo horizonte marcado por los árboles, no muy altos, ricos en verdeantes hojas.

La temperatura en el interior de la astronave era agradable, dando una sensación de comodidad.

Y la joven, una vez se hubo aseado, fue a reunirse con sus compañeros que, en la sala de mandos, se disponían a preparar la primera salida de la astronave.

Margaret oyó que el doctor Coleman decía:

—Deben ponerse trajes térmicos. Ahí afuera, al menos a esta hora de la mañana, hace bastante frío. Y no tengo ganas de hacer de médico. Por otra parte, casi me he olvidado ya de cómo se cura un constipado.

Rieron todos, alegremente.

Margaret, por su parte, se alegró de que Coleman recomendase que se vistiesen totalmente. Y regresó a su cabina para salir de ella con el traje térmico recomendado por el doctor, y una ligera escafandra que le evitaría tener que respirar el aire del planeta, que podía resultar excesivamente frío.

Stanley y Rogers rieron de nuevo al comprobar los preparativos de Margaret, la cual había tomado asimismo un emisor de rayos, que lo mismo podía protegerle de proyectiles enemigos que destrozar a

éstos, si la ocasión se presentaba.

Coleman fue el único que no rio. Por el contrario, aplaudió las precauciones que tomaba la linda joven.

—Sí, amiga Margy. Hay que ir sobre seguro. Y sentiría, de verdad, que se tuviese que constituir en enfermera de estos dos insensatos...

—Con los debidos respetos por su jerarquía, debo decir que los considero un par de fanfarrones —dijo Margaret, en tono festivo.

Volvieron a reír los tres.

—Y si son víctimas de un enfriamiento, no haré de enfermera...

Margy preguntó, a continuación:

—¿Qué se sabe de los habitantes de este planeta?

—Hasta ahora, no hemos visto a ninguno. Nos referimos a seres cómo nosotros, capaces de construir, de desarrollar una civilización —respondió el doctor.

—¿Fauna? —preguntó la chica.

—Unas graciosas ardillas, de tamaño semejante a las de la Tierra. Pequeños lagartos y pájaros —dijo el doctor.

—Es decir, una fauna bastante evolucionada…

—Exactamente.

—Lo cual propicia el que haya una humanidad semejante a la nuestra...

—Eso se puede dar como seguro. El ataque que sufrimos, las ciudades que observamos, lo dicen claro... ¿Por qué crees que hemos elegido este lugar apartado para tomar contacto con Airón?

—No pensaba en ese tipo de humanidad tan evolucionada, sino en otra más normal, aunque fuese de tipo primitivo...

—Lo mejor para salir de dudas es verlo —dijo el doctor.

—¿Quiénes se van a quedar en la astronave? —preguntó Margaret.

—No me gusta esa pregunta, porque significa que tú estás decidida a salir —dijo Stanley.

—Señor. Como co-piloto, soy jefe de exploraciones. Por tanto, me corresponde salir. No soy quien ha hecho los reglamentos

—Pero yo, como comandante de la expedición, puedo ordenarle que se quede en la astronave para salir en su lugar —objetó el joven comandante.

—Así, es, señor. Y si me lo ordena, obedeceré y cumpliré mi misión aquí, con todo celo. Pero permita que le recuerde la responsabilidad en que incurre, si sucediera algo a la astronave.

—Me pones en un callejón sin salida, teniente Loos —dijo Stanley.

—¿Se puede saber por qué no he de salir yo?

—Anoche nos atacaron. Pueden atacar de nuevo. Hay un grave riesgo...

—¿Y qué? Si fuese del sexo masculino, ¿tendría ese miramiento conmigo?

Stanley tardó en responder. Cuando lo hizo fue para decir:

—Sinceramente, no.

—En tal caso, no discrimine por cuestión de sexo, señor. El reglamento lo prohíbe, y las leyes, también.

Stanley dirigió su mirada a Hood Rogers, dispuesto a que fuese éste quien acompañase, en su desplazamiento de exploración, a la chica.

Al veterano le habría gustado salir; pero tenía sobre si, la responsabilidad de la reparación de la astronave.

Y su mirada reflejó perplejidad, al comprender cuál era la idea del comandante de la *Galaxia II*.

Margaret sonreía, ante la indecisión de su jefe.

Y lo propio sucedía al doctor Coleman, el cual hacía a su vez preparativos para salir.

Fue Coleman el primero en hablar, para decir:

—Como científico de la expedición, me corresponde salir.

—Los reglamentos no tienen la culpa de que usted lleve dos puntas de lanza teóricamente débiles —manifestó a su vez la co-piloto, sin dejar su tonillo humorístico.

—Los del siglo pasado luchábamos más y mejor que los de este siglo. Y si no lo cree así, repase la historia —dijo Coleman, empleando un tono tan humorístico como el de la propia Margy.

—Yo soy ya de este siglo, doctor Coleman. Tuve el valor de desnudar mi busto —intervino Margy.

Stanley movió sus brazos, como pidiendo clemencia. Y exclamó:

—¡Está bien! Pueden irse. Y lleven algún arma convencional.

—Yo había pensado en mi escopeta de caza. Y en un pequeño lanzallamas, por si acaso —dijo Coleman.

Margaret, tras mostrar el emisor de rayos de que se había provisto, dijo:

—Llevaré, también, una pistola ametralladora y munición suficiente. En Airón las cargas pesan menos... Y nos servirán de ayuda para nuestro mejor equilibrio.

Coleman y Margy, tras escuchar algunas recomendaciones de Stanley, salieron al exterior.

Les siguió el propio Stanley, aunque dispuesto a quedarse en la astronave o sus inmediaciones.

Y el veterano Hood Rogers hubo de resignarse e iniciar su desplazamiento hacia la sala de máquinas, donde se había producido el incendio, para tratar de localizar la avería y proceder a su reparación, si tenía elementos para ello.

Stanley, al pie de la escalerilla de la *Galaxia II*, vio cómo la linda

co-piloto y el científico se alejaban, hasta desaparecer de su vista.

No estaban Margy y Coleman ni a dos kilómetros de la astronave, cuando la joven dijo a su compañero de expedición;

—Cuidado, doctor. Tengo la impresión de que estamos rodeados.

La joven señaló unas huellas señaladas en el suelo. Y dijo:

—Mire eso, doctor.

—Pisadas de seres humanos. Van descalzos —respondió Coleman.

Ambos terrícolas escucharon ruido, producido por un ser que corría, y el cual daba la sensación de que huía. Tras él se escuchaban otros sonidos.

Margy preparó su pistola ametralladora, y el doctor Coleman hizo lo propio con la escopeta.

Ambos vieron cómo las ramas que tenían ante sí se agitaban ostensiblemente.

CAPÍTULO III

CAPÍTULO III

De improviso, irrumpiendo entre la vegetación, salió una especie de venado, el cual, tan pronto se dio cuenta de la presencia de los dos extraños, detuvo prácticamente en seco su carrera.

Coleman no lo pensó dos veces. Aquello significaba para ellos carne fresca.

E hizo fuego cuando ya el animal se disponía a variar de dirección para proseguir su huida.

Buen tirador, el profesor Coleman, acertó en un punto vital de la res, que inició el salto para, inmediatamente, caer fulminada.

Tras la res, hicieron su aparición algunos seres humanos, los cuales se detuvieron, sorprendidos, al descubrir a los terrícolas.

Mantuvo el profesor su escopeta en posición de disparo, y lo propio hizo Margy, con su ametrallador.

Se dio cuenta la atractiva chica de cómo miraban los habitantes de Airón a la res cazada, y dijo al profesor:

—Parece que les hemos fastidiado su comida.

—¿Por qué? Tal vez a ellos les sea más difícil hacer sus capturas que a nosotros. Por tanto, se la podemos ceder.

—Sería un buen medio de trabar conocimiento y amistad con ellos.

Tanto el profesor como la chica estudiaban a los seres que tenían ante sí.

No daban la impresión de ser seres atrasados en el orden de civilización, de evolución. Sin embargo, vestían pieles; calzaban sencillos mocasines o iban descalzos; y sus armas eran rudimentarias.

Aunque tanto a Margy como al doctor Coleman no dejó de llamarles la atención que algunos de ellos fuesen armados de *boomerangs*, semejantes a los que en la Tierra había y usaban aún los australianos.

Margaret sonrió a los sorprendidos habitantes de Airón, y les hizo señas para tratar de hacerles comprender que podían disponer de la presa.

El grupo de cazadores de Airón estaba formado por una docena de varones y tres mujeres.

Y todos ellos eran bastante jóvenes, en particular las hembras.

Los habitantes de Airón habían entendido perfectamente a Margy, a pesar de lo cual no hicieron nada por apoderarse de la res.

Entonces Coleman dirigió la boca de fuego de su escopeta hacia el suelo, y la chica hizo lo propio con su ametrallador, el cual sujetó en la mano izquierda.

Seguidamente, volviendo amistosamente la palma de su mano

derecha hacia los frustrados cazadores en gesto amistoso, se adelantó, deteniéndose junto a la res cobrada por el doctor Coleman.

Sonrió Margy, pidió de nuevo a los que consideró más decididos, que se acercaran; y ella misma se agachó para tomar al animal muerto por las patas traseras, y arrastrarlo en dirección a los de Airón.

Se adelantaron dos de los hombres y una de las chicas. Sonrieron, correspondiendo a la sonrisa de Margy.

Y mientras los dos hombres se hacían cargo de la res, la chica besó a la terrestre en ambas mejillas.

Correspondió Margy. Se habían entendido, en principio.

Y la misma joven invitó a los dos terrestres a que les siguieron, iniciando, a poco, la marcha.

Los dos hombres que se habían hecho cargo de la res, marchaban delante, con ella.

Coleman se dirigió a Margy para decirle:

—Parece que no han extrañado nuestras armas, ni nuestras ropas.

—Ya me he dado cuenta de ello.

El profesor, que había prestado atención a las voces que se intercambiaban entre los indígenas, dijo a su compañera de aventura:

—Es una pena que su idioma sea tan diferente a los que conocemos nosotros. Y parece una lengua bastante flexible, bastante rica.

—Me he dado cuenta de ello. Con un poco de paciencia, nos podremos entender pronto.

No tardaron los dos terrestres en dar vista a un pequeño poblado formado por tiendas de campaña, situadas éstas estratégicamente en lugares soleados, que dejaban libres los árboles, bajos y de copa chata.

Y llegó, tanto para Margy como para el doctor Coleman, la primera sorpresa, por el contraste que ofrecía lo que descubrían entonces, con las tiendas de campaña hechas de piel y la forma de vestir de los seres que habían conocido.

Frente a una de las tiendas, se hallaba posado en el suelo un pequeño aparato volador, muy semejante a los helicópteros terrestres.

No lejos del helicóptero había una especie de “todo-terreno”, de líneas sencillas, lo mismo que el helicóptero.

Señaló Margy al helicóptero, dando a entender que conocía su uso.

Y la joven indígena, también por señas, le hizo comprender que no se podía elevar, por falta de combustible.

El profesor Coleman, atento a todo lo que les rodeaba, gestos, vocablos sueltos, expresiones, dijo a su compañera:

—En Airón sucede algo raro.

—¿Por qué lo dice, profesor?

—Hay cosas que no se corresponden unas a otras. El estado de

civilización de estos seres es superior al medio en que viven.

—Sin olvidarnos nunca del ataque de que fuimos objeto cuando nos acercábamos. Los proyectiles cohete llevaban cabeza atómica, profesor... Fue lo que detectaron nuestros aparatos de a bordo.

—No lo olvido, teniente Loos —fue la respuesta de Coleman.

Margy dijo a Coleman, en aquel momento:

—Vea eso, profesor. Esa tienda principal...

A la entrada de la tienda que parecía ser centro de la pequeña aglomeración de viviendas, habían aparecido dos jóvenes. Uno de ellos, varón, alto, bien constituido, de pelo y ojos claros, vestía ropas que parecían confeccionadas a partir de fibras sintéticas, ropas que tenían brillante colorido.

Su acompañante era hembra, y vestía de forma semejante a la del hombre. Y era morena, parecida a la indígena que acompañaba a Margy y al profesor.

—Parece que también aquí hay clases —comentó el profesor, con ironía.

—No adelante juicios, profesor Coleman.

—La verdad es que no sé por qué lo he dicho. Tal vez viven, en mí, recuerdos de mi infancia en la Tierra…

—Pues olvide todo eso, e incorpórese a nuestro siglo. Yo lo he hecho ya —replicó Margy, en tono festivo.

—Yo pienso que has estado siempre en este siglo. Lo que está claro es que deslumbraste a Robert con tu desnudo...

—¿No era lo que él pretendía? No tengo prejuicios, profesor...

—Lo sé.

Se acentuó la maliciosa sonrisa del profesor, y Margy dijo, sin perder el humor, pero en tono vehemente:

—Lo sé, profesor. Mucho avance de la civilización, pero seremos siempre hombre y mujer; el sexo estará presente en muchos de nuestros actos.

—Es bueno que siga así, ¿no?

—A mí no me disgusta. Pero ¿qué le parece si nos ocupamos un poco de nuestros nuevos amigos?

—De acuerdo. Pero ¿has pensado en una humanidad asexuada? ¿O en seres bisexuados?

—Prefiero no pensar. Si la evolución futura se marca en ese sentido, ¿qué le vamos a hacer?

La indígena que les había acompañado se había disculpado, con un gesto, y se había acercado a la joven pareja que había aparecido en la puerta de la tienda, con los cuales habló animadamente.

Inmediatamente después, la indígena hizo señales para que Coleman y Margy se acercasen.

Y tanto ella como sus dos amigos iniciaron también un

movimiento de acercamiento.

Cuando se encontraron, cambiaron sendos apretones de manos.

Y el joven habló, dirigiéndose a los terrícolas, en dos idiomas diferentes que ni Margy ni Coleman pudieron entender.

Y a continuación, habló el joven en tan inglés de marcado acento norteamericano, bastante aceptable.

Su pregunta fue:

—¿Vienen, acaso, de la lejana Tierra?

—Somos de la Tierra, aunque no venimos exactamente de ella.

—Sí, era de suponer. No ignoro que tienen ya bases en nuestra galaxia, incluso en nuestro sistema.

—¿Es así como conocen nuestro idioma?

—Sí. Hemos captado muchas de vuestras emisiones. Y con no poco trabajo, hemos llegado a conocer vuestro idioma.

—Uno de nuestros idiomas —corrigió Coleman.

—De eso no tengo ya una clara idea. Aunque también en Airón se hablan idiomas, si bien dominan dos principales.

Pero a Margy era otro problema el que le preocupaba y, tras excusarse por variar de conversación, preguntó:

—¿Qué sabe usted del ataque que sufrimos ayer, cuando iniciábamos nuestro descenso sobre Airón?

—Detectamos el ataque, si bien ignorábamos contra quiénes iba dirigido. Detectamos asimismo que lo habían hecho fracasar…

Tras una breve pausa, prosiguió:

El ataque fue obra de los *graby*, un pueblo extranjero, al que dimos acogida en Airón, y que ahora intenta dominamos, tras haberse apoderado de nuestra tecnología, a la que han unido la de ellos…

—¿Quiénes son esos *graby*?

—Vinieron de otro planeta de nuestro sistema, un planeta llamado *Graby* y que, según ellos, envejecía de tal manera que la vida estaba a punto de extinguirse…

—Y no era cierto…

—No lo era…

Llegaba la conversación a tal punto cuando se dejó ver Robert Stanley, el cuál se acercaba, llevando con él un venado semejante al capturado por el profesor Coleman.

Formando una especie de arco en torno, y detrás de Stanley, llegaban asimismo hasta docena y media de indígenas de Airón, de ambos sexos, vestidos con pieles, calzados unos y descalzos otros, como los que habían encontrado Margy y Coleman.

La actitud de los indígenas era pacífica, con relación a Stanley, reflejando en sus actitudes con él la curiosidad que experimentaban.

Stanley llegó hasta donde se hallaban sus compañeros de expedición conversando con los indígenas, y descargó el venado en el

suelo.

—Parece que ellos necesitan más de la caza que nosotros —dijo.

—Eso creo, comandante —respondió Margy.

—En tal caso, les obsequiaré con esta especie de venado. Por como lo perseguían, debe constituir una presa muy codiciada.

—Así es, comandante —intervino el indígena que hablaba inglés.

—¡Vaya! Esto sí que es una sorpresa —dijo Stanley, reflejando vivo asombro.

—Les hemos estudiado, tan pronto entraron ustedes en nuestra galaxia…

—Eso significa que poseen una avanzada civilización…

El indígena recorrió con la mirada lo que les rodeaba. Y respondió:

—Aunque nuestra actual forma de vida no lo indique así, pues sí, poseemos una avanzada civilización.

Su linda acompañante, que no había hablado hasta entonces, dijo, también en inglés:

—Aunque de momento no nos sirva de gran cosa, puesto que carecemos incluso de energía para mover los pocos vehículos que poseemos.

Era una clara alusión al helicóptero y al “todoterreno” que se hallaban cerca de ellos.

Stanley, dándose cuenta de las amistosas relaciones existentes entre los indígenas y sus compañeros, dijo:

—Hablaremos de todo eso. Y espero que les podamos ayudar… Porque eso necesitamos también nosotros: una ayuda que podemos intercambiar.

—Es una buena idea, comandante. ¿Qué clase de ayuda?

—Algunos materiales. Y si tienen mano de obra calificada, mejor que mejor.

—Pienso que nos entenderemos. Y ahora, permita que me presente. Me llamo Zeb Dunkel y me han elegido jefe de esta especie de poblado.

Siguió haciendo presentaciones:

—Sarah Tanga puede servir de intérprete entre ustedes y nuestros coterráneos hasta que comiencen a entenderse entre sí.

La chica que había hablado inglés sonrió, demostrando que estaba dispuesta a llevar adelante su tarea.

Y fue presentada asimismo la joven indígena con quien habían entrado primero en contacto.

—Se llama Lawa Caron, y conoce estos parajes como nadie. Puede ser una buena guía para ustedes.

—Gracias, amigo Dunkel.

A continuación, se presentó Stanley, e hizo asimismo la

presentación de sus colaboradores, el doctor Coleman y Margaret Loos.

—Parece que se han establecido cerca —preguntó Dunkel a Stanley.

Fue Margaret la que respondió, diciendo!

—En un calvero, en dirección Oeste. Nos hemos encontrado aproximadamente a mitad de camino entre aquel lugar y éste.

—Comprendo. No lejos de las fuentes del Issor, nuestro gran río. Estos venados que han capturado van a beber allá. Y por eso es el lugar idóneo para ir a cazarlos…

Se escuchó entonces un rumor lejano, que se fue haciendo más claro hasta ser percibido con bastante perfección en el lugar.

El joven Dunkel, reclamó silencio, y escuchó atentamente, lo mismo que los otros indígenas.

Los terrestres identificaron igualmente el ruido que percibían. Se comunicaban de forma semejante a la empleada, por medio de "tams-tams", por los negros de las selvas africanas, aún en el siglo veinte.

—Los *graby* se disponen a atacar —fue el escueto anuncio de Dunkel, cuando la transmisión hubo concluido.

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO IV

Stanley preguntó a Zeb Dunkel:

—¿A atacar? ¿A quién o a quiénes?

—Pueden atacar este poblado u otro de esta vasta región. Incluso pueden buscarles a ustedes. Ellos deben conocer su presencia aquí.

—Si no atacaron ya, y fracasaron en su ataque, tiene que ser precisamente eso: Conocen nuestra presencia en Airón...

—Y habrán detectado perfectamente el lugar aproximado en dónde se hallan.

—¿Eso quiere decir que nuestra astronave corre peligro? —inquirió Margaret.

—Exactamente —fue la respuesta de Dunkel.

—¿Han dejado fuerzas suficientes en ella? —preguntó, a su vez, Zarah Tanga.

—Un hombre. Sólo venimos cuatro en la astronave.

El rostro de Dunkel reflejó preocupación, al decir:

—Temo que son muy pocos para enfrentarse a los *graby* numerosos y bien armados. Y no solamente con armamentos convencionales...

—Basta un tripulante para que nuestra astronave se pueda elevar y presentar batalla a fuerzas más numerosas y bien pertrechadas que las de los *graby*. Lo malo sería que sorprendiesen a Rogers —señaló Stanley, dirigiéndose tanto a los indígenas como a Margy y el doctor Coleman.

—Volveré atrás rápidamente. Y evitaré que puedan sorprender a Rogers —intervino la linda Margy.

—Cuando me he alejado, él ha puesto en funcionamiento todos los aparatos de detección. No creo que lo sorprendan. Sin embargo, deberemos regresar... —señaló Stanley.

—Debo quedarme con los míos, por si nos atacasen —dijo Dunkel—. Sin embargo, me gustaría acompañarles...

—Nos pondremos de acuerdo para otra posible eventualidad de este tipo.

Stanley y Dunkel cambiaron un fuerte apretón de manos, y Stanley inició la marcha, seguido por Coleman y Margy.

Dunkel dijo, tanto a Lawa Caron como a Zarah Tanga:

—Id con ellos. Particularmente tú, Lawa. Deberás servirles de guía; y podrán llegar antes.

La linda indígena aceptó el encargo con una sonrisa y un afirmativo movimiento de cabeza; y marchó, haciendo comprender a los terrestres que deberían seguirla.

La joven indígena se puso en cabeza del grupo, caminando

ágilmente, obligando a los terrícolas a un esfuerzo para poder seguirla.

Zarah Tanga, la indígena que hablaba inglés, siguió asimismo al grupo de los terrestres, marchando a retaguardia del mismo, sin mostrar la prisa ni la inquietud que aparentaba Lawa Caron.

Rebasaban ya el lugar en donde había capturado el profesor Coleman el venado, cuando Zarah Tanga se dio cuenta de que el anciano comenzaba a retrasarse, a pesar de que se esforzaba en mantener el ritmo de la marcha.

Y se adelantó para decir a Stanley:

—Sigan, que yo me quedaré con el doctor. No se preocupen porque, en caso de ataque, conozco escondites en los que no nos encontrarán.

Coleman hubo de admitir que no podía proseguir a aquel endiablado ritmo. Y animó tanto a Stanley como a Margy;

—Sigan. Si nos encuentran, peor para ellos. Llevo mi lanzallamas...

Pero Margy pasó el lanzallamas a Zarah Tanga, y entregó el desintegrador a Coleman.

—Así irán mejor defendidos. Ya enseñará a Zarah a usar el lanzallamas, en el caso de que ella lo ignore...

Lawa Caron, al darse cuenta de que Coleman y Zarah se quedaban atrás, aumentó aún el ritmo de su avance, dando la sensación de que era una especie de juego para ella, mientras que Stanley y Margy, pese a su preparación, iban al máximo de sus fuerzas.

Al seguir sin la rémora de Coleman, Lawa Caron tomó por intrincados lugares que les hacían ganar tiempo.

Y así no tardaron en dar vista a la *Galaxia II*, en la cual se habían producido ya dos principios de alarma, según Rogers informó inmediatamente.

El propio Rogers prosiguió:

—Tanto los helicópteros como los torpedos están dispuestos para la salida.

—Magnífico, Rogers...

Hicieron la presentación de la linda Lawa Caron, la cual sonrió al veterano, con cautivadora expresión.

Y luego, por señas, dio a entender que lo encontraba muy hermoso.

—Esta chica te conviene, Rogers, Y parece que le has gustado…

—No quiero ataduras, comandante, y usted lo sabe.

—Ellos están muy civilizados, y tal vez practiquen el amor libre. Ya nos informaremos por Zarah Tanga, tan pronto aparezca por aquí...

—¿Y el profesor?

—Se ha quedado con otra de estas encantadoras jóvenes.

Mientras hablaban, pasaron al interior de la astronave, situándose, tanto Stanley como Margy, en sus respectivos puestos.

Rogers se ocupó de Lawa, a la cual situó en el lugar que normalmente ocupaba Coleman.

—Esta chica me gusta más que el profesor. A poco que él desee quedarse en Airón, estoy dispuesto a cambiarlo por ella —bromeó Rogers.

Se encargó Rogers de encender la pantalla de observación, y Lawa Caron reflejó en su rostro viva sorpresa, al ver desfilar ante ella un paisaje que le era tan familiar.

Se produjeron dos señales de alarma.

Y las imágenes de la pantalla que observaba la indígena se sucedieron con rapidez hasta centrarse en un lugar en el cual se movían hasta media docena de vehículos rápidos, semejantes, en su apariencia, a los tanques que los expedicionarios conocían muy bien de la Tierra.

No tardaron en entrar en pantalla hasta media docena de aeronaves tipo anfibio, y que servían de cobertura a los tanques.

Se trataba de unas aeronaves que lo mismo que surcaban el agua a velocidades dignas de ser tenidas en cuenta, actuaban como helicópteros, y asimismo se desplazaban en el suelo como los más veloces automóviles.

—La técnica de estos *graby* está muy adelantada —dijo Stanley.

—Pienso que tenemos un enemigo de cuidado.

En tanto, Lawa Caron, muy excitada, señalaba la pantalla, tratando de hacer comprender a los terrestres que el peligro estaba muy próximo.

Stanley tranquilizó a la indígena, con el gesto. Y se puso en pie, diciendo a Rogers:

—El teniente Loos y yo vamos a realizar una salida. Porque está claro que esa gente se dirige hacia aquí...

—Eso está claro...

Margy, tan pronto escuchó la idea del joven comandante de la *Galaxia II*, se apresuró a vestir el equipo adecuado, y corrió a situarse a los mandos del pequeño avión-torpedo, equipado con armas de gran potencia destructiva, pese a su reducido tamaño.

Stanley hizo lo propio, tras dar instrucciones a Rogers.

Y tan pronto estuvo situado tras los mandos del otro avión torpedo, dio la señal de salida.

Maniobró Rogers los mandos que debían abrir las compuertas de salida, y los dos pequeños aparatos fueron lanzados al espacio.

Dio Stanley instrucciones a Margaret, y señaló luego el camino, lanzándose por delante.

Seguidamente, estableció comunicación con Rogers, el cual le señaló los movimientos del enemigo.

Y Stanley, a su vez, volvió a dar instrucciones a Margaret, la cual se dispuso a la acción.

Los veloces aviones-torpedo de la *Galaxia II* no tardaron en hallarse sobre el lugar por donde avanzaban los tanques de los *graby*.

Los dos aparatos del *Galaxia II* dominaban, por altura, a los seis helicópteros de los habitantes de Airón.

Y se lanzaron sobre ellos, no sin que, antes de lanzar el ataque, Stanley advirtiese a Margaret que debía tener cuidado.

Maniobraron los helicópteros con insospechada rapidez, y Stanley dio una nueva orden a Margy Loos.

Pero cuando la orden llegó, ya la joven teniente hacía funcionar los rayos caza proyectiles, rayos que destrozaron, en el aire, bastante lejos del blanco, los pequeños cohetes de los *graby*, cohetes que hicieron explosión, con no poco estruendo.

Tras haberse librado, tanto Margy como Stanley, de los cohetes enemigos, proyectaron, desde los aviones-torpedo que tripulaban, sendas emisiones de rayos desintegradores.

Y casi simultáneamente, cuatro de los helicópteros quedaron convertidos en otras tantas nubecillas de humo amarillento, que luego se fueron desvaneciendo en el espacio.

Trataron los otros dos helicópteros de ganar altura para dominar a los terrestres.

Y éstos, a su vez, con perfecta sincronización de movimientos, se lanzaron hacia arriba, dejando atrás a sus enemigos, hasta casi perderlos de vista.

Y de nuevo dio Stanley la orden de ataque.

Los dos aviones-torpedo se lanzaron en vuelo picado.

Y prácticamente al mismo tiempo, antes de que los helicópteros *graby* pudiesen tomar la iniciativa, los redujeron a sendas nubes de humo, sin dar tiempo a que sus tripulantes se lanzaran al espacio.

Tanto la teniente Loos como Stanley, fueron avisados por las señales de peligro de sus respectivos aparatos.

Y maniobraron adecuadamente para salir del radio de acción de las armas de que disponían los tanques de los *graby*.

Se produjeron violentas explosiones en el espacio, de las que los dos terrestres se libraron, gracias a su rápida maniobra.

Y tras tomar altura, se lanzaron de nuevo en vuelo picado, cubriéndose con la protección que significaban los emisores de ondas caza-proyectiles.

Hicieron explosión en el espacio, algunos de éstos.

Prosiguieron los terrestres su ataque con la emisión de los "*S-Láser*"; y fue cosa de décimas de segundo que tres de los tanques

hicieran explosión, incendiándose sus restos.

Hubieron de volver a ganar altura los aviones-torpedo de Margy y de Stanley.

Pero en aquella ocasión, fue para descender el aparato de Stanley en vuelo rasante, mientras el de Margy le cubría desde un plano superior de acción.

Dos tanques más fueron destrozados, cómo lo habían sido los tres anteriores.

Y Margy, desde su aparato, protegió de manera coordinada la acción de su jefe, haciendo estallar en el espacio los proyectiles que le dirigiera el tanque superviviente, una vez que Stanley había realizado la primera pasada, en su vuelo rasante.

Iba a lanzarse Margy contra el único tanque que quedaba a los graby, cuando recibió la orden de Stanley, el cual dijo:

—¡A éstos los quiero vivos!

—Está bien, comandante —replicó Margaret, sin detener su acción.

Y la atractiva terrestre, en lugar de atacar con los destructores rayos "*S-Láser*", realizó una emisión de ondas caza proyectiles, la cual dirigió contra la boca de fuego del pequeño cañón de qué disponía el tanque.

Hizo explosión el proyectil en la misma boca del cañón, y éste quedó inutilizado.

Maniobró nuevamente Margy y, con una nueva emisión de ondas, provocó la explosión del depósito de proyectiles del tanque, abriendo una considerable brecha en la parte posterior de éste.

El avión-torpedo de Stanley tomó tierra, en aquel momento.

Y cerca de él, hizo lo propio el de Margy.

Se disponían ambos a saltar a tierra, llevando con ellos los pequeños emisores de "*S-Láser*", cuando vieron salir del tanque averiado a un hombre, cuyas características eran idénticas a las de los indígenas con los que habían trabado conocimiento.

El individuo había perdido una pierna, a causa de la explosión, y saltaba sobre la que conservaba, demostrando una condición física y una entereza dignas de encomio.

Ambos terrícolas se fijaron en que, pese a la cruel amputación sufrida, el hombre apenas si sangraba.

Y por el contrario, recibieron la sensación de que el muñón se iba desarrollando, creciendo, como si el miembro perdido se pudiese regenerar por sí solo.

Margy, que fue la primera en tomar contacto con el suelo, se dirigió a su jefe:

—¿Ve usted lo mismo que yo, comandante?

—Sí. Y es inconcebible…

Realizó Stanley una emisión de radiaciones contra el suelo, cerca del lugar por donde huía el individuo, tratando de hacer comprender a éste que, si no se detenía, corría el riesgo de ser desintegrado totalmente.

El hombre intuyó algo de lo que le podía suceder, y se detuvo.

—Hazte cargo de él, teniente. Quiero saber qué queda en el interior del tanque.

—Tenga cuidado, no le deparen una sorpresa.

—Algo hay que arriesgar, ¿no?

En la brecha que se había abierto en el taque había aparecido un cuerpo semejante al del individuo que había perdido la pierna.

Pero éste estaba prácticamente destrozado, muerto. Había recibido heridas que le habían privado de la vida, haciendo imposible la regeneración de sus miembros.

Era lógico que el cuerpo no se pudiera mover por sí.

Y Stanley dirigió contra el boquete su emisor de "*S-Láser*”. Y dijo en inglés, y en tono tajante:

—El que viene detrás, que no haga un movimiento en falso porque lo convierto en humo.

Detrás del cuerpo del indígena asomó una bella cabeza de mujer. Era rubia, y difería en mucho del tipo de indígenas que Stanley conocía.

CAPÍTULO V

CAPÍTULO V

Stanley recibió la impresión de que se hallaba ante una auténtica *graby*, una de las mujeres del pueblo extraño que había logrado imponerse en Airón, dominando a sus habitantes indígenas.

Margy se había hecho cargo del ser capturado por Stanley, y le obligaba a dirigirse hacia el lugar donde había quedado destrozado el tanque.

Deseaba estar cerca de su comandante para poder auxiliarle, en caso de que surgiese algún peligro.

Y fue Margy la que ordenó a la mujer que asomaba por la brecha del tanque:

—Vamos, rubia, salga de ahí pronto, si no quiere que le rice el pelo con una emisión de rayos láser...

El cadáver del indígena fue lanzado con cierta violencia, por la mujer *graby*.

Pareció la rubia dispuesta a la violencia, al sacrificio. Pero el movimiento del emisor de rayos que manejaba Margy la obligó a reflexionar y a mostrarse sumisa.

Una vez en el suelo el cuerpo del indígena muerto, fue perdiendo consistencia a ojos vistas, y terminó por desaparecer, sin dejar más rastro que unas pocas cenizas y una nubecilla de humo.

Margy, que no perdía su sentido del humor, contestó jocosamente:

—¡Vaya! Cremación automática. Así se ahorran los cementerios, los entierros y todo lo que se refiere a las pompas fúnebres.

La rubia, una vez fuera del destrozado tanque, fue cacheada por Stanley y desposeída de una pistola y un emisor de rayos que, por el momento, resultaban desconocidos para los terrestres.

Stanley quiso probar la pistola, y disparó contra el tanque. El proyectil, de bastante mayor potencia de lo que los dos terrestres podían imaginar, perforó la coraza, aunque no llegó a traspasarla totalmente, si bien inició el orificio de salida, según pudo comprobar el propio Stanley inmediatamente.

Se fijó entonces en el vestido de la rubia, ajustado al cuerpo y que, formado por laminillas de un metal ligero, pero tenaz, daba la sensación de poder resistir uno de tales impactos.

En el momento en que Stanley asomaba al interior del tanque, se autodestruía en él otro cadáver, correspondiente a un indígena.

Y vio asimismo un casco que seguramente había servido a la rubia, y del que ella se había despojado, al ser afectado por la explosión que se había producido en el vehículo de guerra.

Stanley, mientras hacía sus observaciones, iba comunicando a

Margy sus resultados.

La teniente Loos comentó en tono cáustico, dirigiéndose al comandante Stanley:

—Parece que la rubia pertenece a la raza de los "escogidos". Por eso ella va bien protegida, mientras que estos pobres diablos carecen del más elemental equipo de protección.

La rubia replicó en correcto inglés:

—Tú misma lo has dicho. Ellos son de raza inferior.

El individuo que había salido del tanque, falto de más de la mitad de su pierna izquierda, miraba con expresión de ansiedad hacia su extremidad mutilada, y que casi completaba ya su regeneración.

Cuando la hubo logrado, y probó el nuevo miembro, sintiéndose seguro sobre él, lanzó a Stanley una mirada que reflejaba ferocidad.

Y fue Margy la que se dirigió a la rubia para decirle:

—Avisa a ese fulano que, si hace el mínimo intento agresivo, lo convertiré en humo. Sin solución. Y luego, tú seguirás el mismo camino.

—No me mataréis. Me necesitáis...

—Esa es tu equivocación. No te necesitamos para nada.

—Sin nosotros, no podréis salir jamás de Airón...

—Da la orden a ese belicoso individuo, antes de que sea tarde.

Habló la rubia al indígena, el cual se inclinó un par de veces, dando muestras de sumisión.

Stanley, no obstante, le hizo subir a su avión-torpedo, sujetándolo bien al correspondiente asiento.

—Ahí está más seguro —dijo.

Seguidamente, preguntó a la mujer.

—¿Cómo te llamas?

—Maiwa Songel.

—Y perteneces al pueblo *graby*, ¿no es eso?

La rubia crispó ambas manos, enrojeció de ira, y dijo en tono bajo e iracundo:

—No vuelvas a decir que soy del *pueblo graby*.

—Si lo vuelvo a decir, te aguantarás, rubia. Y si no lo repito es porque no me gusta molestar...

Margy intervino para decir en tono irónico:

—Maiwa pertenece a una raza superior, a un pueblo escogido, ¿no lo comprende, comandante?

—Sí, claro. Son los *arios* del planeta *Graby*...

—Algo así... —señaló Margy, sin dejar su tonillo irónico.

Stanley prosiguió, en el mismo tono que empleaba Margy.

—Lo voy comprendiendo. Y a esta raza superior no la podían aguantar en *Graby*, y por eso echaron de allí a sus miembros.

Stanley preguntó a Maiwa;

—¿Fue así, o no?

—Lo ignoro. Yo nací en Airón.

—¿Quieres decir que no conoces la historia de tu pueblo?

La rubia dijo orgullosamente;

—Somos una raza tan superior que no necesitamos historia. Nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro es todo uno, grande, fuera del alcance de vuestra comprensión.

—Sí, fuera del tiempo y del espacio —se burló Margy.

Seguidamente le ordenó:

—Vamos, da la vuelta. Te voy a amanillar…

—No intentarás…

—Vuélvete, y no me obligues a darte un escarmiento…

Fingió Maiwa que se sometía a la orden de Margy, pero fue para lanzarse de improviso contra ella, empujándola de manera violenta para hacerle perder el equilibrio.

Margy habría podido mantenerse de pie, pero su emisor de rayos desintegradores habría quedado al alcance de las manos de Maiwa.

Y se dejó llevar del empujón, cayendo hacia atrás para, una vez en el suelo, dar una voltereta.

Y bastante antes de lo que la rubia habría podido imaginar, ya estaba Margy de pie y atacaba a su vez a Maiwa, que no había logrado frenar su impulso.

La teniente Loos, que había hecho cambiar el aparato emisor de mano, tomó a la rubia con su derecha y le aplicó una llave de lucha.

Recibió Maiwa la sensación de que le iban a romper su brazo derecho, y prefirió dejarse llevar para evitarlo.

Y entonces se vio arrancada del suelo y lanzada por el aire, en el cual dio una voltereta para ir a estrellarse contra el suelo.

Y allí quedó sentada, doloridas las nalgas, fastidiados los riñones. Y mirando con expresión de asombro a su vencedora, la cual sonreía con burlona expresión:

—¡Vaya con Maiwa! La verdad es que, para ser de una raza superior, no has demostrado nada, fuera de la más espantosa vulgaridad…

—Nuestra superioridad no está en los músculos, sino en el cerebro.

—Tu cerebro es tan vulgar como tus músculos. Si sirviera para algo fuera de lo corriente, te habría avisado que tu intento de violencia estaba condenado al fracaso.

Margy, sin dejar de hablar, actuó rápida, amanillando a Maiwa como se había hecho anteriormente con el belicoso individuo que se hallaba ya en el avión-torpedo, tripulado por Stanley.

La terrestre dijo luego a la *graby*:

—Vamos a mi avión…

—¿Adónde me vais a llevar?

—A nuestro campamento. Es posible que te encuentres allí con algunos buenos amigos. Se sentirán felices de tenerte como rehén. De ahí, a peor, ¿comprendes?

—Me niego a ir...

—No estás en condiciones de imponer tu criterio. Sube, y no fastidies más.

Maiwa fue sujetada al asiento que le obligaron a ocupar.

Y tanto Stanley como la teniente Loos volvieron sobre los restos del tanque, comprobando que en el interior del mismo había quedado todo destrozado.

—Inservible...

—Totalmente. Pero ya capturaremos alguno en condiciones de ser estudiado —replicó Margy.

Muy poco después, los dos terrestres se elevaban en sus aparatos voladores, poniendo proa a su campamento.

Una vez en el aire, entró Stanley en contacto con Rogers para informarse de cómo iban las cosas por allí y para darle cuenta asimismo de su victoria y su regreso con prisioneros.

No hacía mucho que habían terminado la comunicación cuando ambos aviones-torpedo se presentaban frente a la aeronave terrestre, en la cual fueron abiertas las compuertas para darles cobijo.

Y tanto Margy como Stanley se encontraron con la sorpresa de que el profesor Coleman y su acompañante Zarah Tanga, estaban ya allí.

Zarah Tanga, tan pronto vio a los prisioneros capturados, en particular a Maiwa Songel, reflejó sorpresa y admiración.

Y preguntó a Stanley:

—¿Sabe a quién lleva usted ahí, comandante?

—Sí, a un ser privilegiado, de la raza de los elegidos —se burló Robert.

—Usted lo dirá en broma, pero ellos se consideran justamente eso.

—No me sorprende. En la Tierra, hemos padecido también fenómenos de este tipo.

—Maiwa Songel, hija de un científico *graby* y esposa de uno de los dirigentes políticos de más prestigio entre ellos, es, a su vez, una conocida dirigente...

Stanley se dirigió a la rubia Maiwa, la cual había sido obligada a descender del avión-torpedo y se hallaba sujeta a un asiento fijo en la sala central de la astronave terrestre.

Y le preguntó:

—¿Y qué diablos se te había perdido en ese tanque?

—No tengo por qué responderte...

Stanley señaló un gesto de indiferencia, y replicó:

—Podría obligarte a hacerlo, pero el torturar a la gente es algo que no me va. ¿Puedes tú decir lo mismo?

No respondió Maiwa. Pero lo hizo Zarah por ella.

—No, no puede decir lo mismo. La carrera ascendente de su marido se debe en parte, a su dureza con los enemigos que han caído en sus manos. Y parece que ella ha sido un magnífico auxiliar.

—¡Eso no es cierto! —chilló la rubia.

—En nuestros archivos hay datos bastante concretos. Incluso fotografías y un par de filmes. Y no lo podrías negar —dijo fríamente Sarah.

Lawa Caron, la atractiva indígena que se había quedado con Rogers, y, que se había mantenido al margen de lo que se conversaba, se adelantó entonces hasta dejarse ver de Maiwa.

La rubia palideció al reconocerla.

Lawa desnudó su espalda, y dejó al aire también sus nalgas, las cuáles mostró a todos, comenzando por Maiwa.

Tanto en la parte baja de la espalda como en las nalgas tenía unas cicatrices claras, incluso profundas.

Y menos profundas en la parte alta de la espalda.

Lawa, en su idioma, acusó a la rubia Maiwa Songel. Lo hizo con firme expresión, sin ira, sin violencia.

—¿Qué sucede? —preguntó Margaret a Zarah.

—Lawa Caron acusa a Maiwa que fue ella personalmente quién la azotó, cuando estaba prisionera de ellos.

—¿Y logró escaparse?

—Lo consiguió. Lawa es muy astuta, y aprovechó una ocasión en que los guerreros a las órdenes de los *graby* llevaron un gran contingente de prisioneros. Se produjo cierto desorden, que permitió a Lawa huir.

—Y unirse a ustedes.

—Exactamente. Lawa Caron es el mejor guía de toda esta región de Airón. Cayó prisionera cuando conducía un grupo nuestro, que intentaba liberar a unos prisioneros.

Stanley se dirigió a Maiwa para preguntarles

—¿Qué dices ahora, farsante?

—No tengo nada que decir. Comprenderás que no me iba a acusar yo misma —manifestó la rubia, con cínica expresión.

Fue Zarah la que, por Maiwa, respondió a la pregunta que Stanley le había hecho a la *graby*.

—Seguramente, quería estar presente en la acción que les permitiría apoderarse de vuestra astronave y de vosotros mismos. Eso habría sido un salto de importancia, en su repulsiva *carrera* política.

Stanley miró a Maiwa. Esta no respondió, si bien le miró con

expresión desafiadora.

Intervino Margy para decir:

—Este bicho merecía que le cruzara la cara. Si llego a saber qué clase de bestia es, le hubiese roto la cabeza antes, cuando me atacó. La verdad es que me están dando ganas de soltarla y de hacerlo ahora.

Maiwa, inquieta, desvió la mirada, la cual fijó en el suelo.

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VI

El veterano Hood Rogers, con la ayuda de dos técnicos que llegaron con Zeb Dunkel, y con el material que éste mismo proporcionó, comenzó la reparación de las averías sufridas por la *Galaxia II*.

Sin embargo, necesitó unos materiales que pidió a Dunkel. Y éste respondió:

—Ese tipo de material está todo en manos de los *graby*. Lo mismo que poseen los combustibles y las fuentes de ellos. Por eso no podemos responder a sus agresiones como quisiéramos...

—Ya. Y éste es el motivo por el cuál tienen paralizados sus vehículos, sus helicópteros...

—Justamente... A veces, hemos logrado algo mediante algún golpe de mano, sorprendiendo alguno de sus convoyes...

—¿Y qué me dice de Maiwa Songel? Podríamos canjearla por ese material que necesitamos nosotros. Y por cosas que les sean muy necesarias a ustedes...

Dunkel movió la cabeza en sentido negativo. Y respondió:

—Por ahí no conseguirá nada. Preferirían matarla ellos mismos a ceder a una presión de esa clase.

Zarah intervino a su vez para decir:

—Si el marido de ella cediera, sería el fin de su carrera. Por su parte, si Maiwa se prestase a un canje así, quedaría totalmente desacreditada ante el pueblo *graby*. Y tanto Maiwa como su marido son demasiado ambiciosos para perder lo que han logrado.

—Pero si la ejecutamos a ella...

—Saben que no lo haremos. Ni ustedes, ni nosotros. Por otra parte, no crea que les importaría gran cosa...

Stanley preguntó a Dunkel:

—¿No resultaría factible llevar a cabo un golpe de mano que nos permitiese apoderamos de lo que necesitamos?

—Es factible, aunque no fácil. Particularmente, si contamos con combustible para poder poner en acción algunos de nuestros helicópteros.

—¿Por qué los suyos y no los nuestros? ¿O nuestros aviones-torpedo?

—Hablo de nuestros helicópteros porque conozco sus cualidades. Lo que se puede hacer con ellos y lo que no es posible hacer.

—¿Por ejemplo...? —preguntó Stanley.

—Nuestros helicópteros disponen a bordo de unos aparatos que, una vez en vuelo, distorsionan las emisiones de ondas de rastreo enemigas. Y es prácticamente imposible que nos puedan localizar...

Zarah intervino para decir:
—Cuando vienen a descubrir la presencia de nuestros helicópteros, ya éstos están sobre ellos, y no hay quién los detenga…
—Lo cual significa que, ante todo, deberemos lograr combustible.
—Exactamente…
—¿Tienen idea de dónde pueden tener ellos algún depósito?
—No. Pero Maiwa lo sabrá…
—Pero ¿cree que hablará?
—No, seguro que no hablará…
—Entonces… —dijo Stanley.
Dunkel sonrió levemente y dijo a continuación:
—Maiwa, presa, no nos sirve para nada, como no sea para provocar un contragolpe. Su marido puede intentar rescatarla por la fuerza.
—No estaría mal. Se le recibiría dignamente…
—De acuerdo. Y se le podría vencer. Pero eso no nos solucionaría nada. Tras él quedan otros muchos dirigentes *grabies*, políticos y militares, los cuales proseguirían adelante en su programa…
—¿Qué idea tiene, Dunkel?
—¿Por qué no permitir que Maiwa se fugue?
—¿Qué lograríamos con ello?
—Iría a un lugar donde poder tomar un vehículo. Y más pronto o más tarde, necesitaría repostar. Ella nos conduciría hasta algún depósito.
Iba a replicar Stanley, cuando intervino Zarah Tanga, la cual dijo:
—Las bases de ellos están muy lejos; pero sabemos que poseen vehículos en algunos lugares, vehículos que solamente usan en casos de emergencia como, por ejemplo, un piloto que deba abandonar su aparato y arrojarse en paracaídas…
—Comienzo a comprender… De acuerdo, la dejaremos escapar…
—Lawa Caron se puede encargar de seguirla. No se preocupe, que no la perderá…
—Está bien. Ustedes conocen el terreno mejor que yo. Esta misma noche permitiremos que Maiwa Songel pueda escapar…
Terminaba Stanley de tomar la decisión cuando Margy Loos se incorporó al grupo.
No daba la impresión de estar de buen humor, cuando se dirigió a su jefe para decirle:
—Comandante. Ese individuo que hemos apresado, se ha fugado…
—¿Cómo es posible…?
—Es lo que yo me pregunto, porque no ha roto ninguna de las ataduras que lo sujetaban. Ni las de las manos ni las de los tobillos… Las argollas están intactas.

Dunkel y Zarah cambiaron entre ellos miradas de entendimiento; y fue Dunkel quien dijo:

—Debimos haber pensado en ello, y haberlo advertido a ustedes. Pero la verdad es que, pendientes de los problemas prioritarios que tenemos planteados, no *habíamos* pensado en ello.

Zarah prosiguió, tomando el relevo, y dijo a su vez:

—Se habrá arrancado manos y pies hasta poder liberarse de las argollas. Las partes amputadas se han desintegrado. Y los muñones se habrán regenerado hasta recobrar lo amputado...

—Nosotros debimos pensar en tal posibilidad. Vimos cómo se regeneraba su pierna, arrancada por la explosión en el interior del tanque.

—Pero no imaginábamos que pudiese ser tan salvaje como para autoamputarse pies y manos —dijo Margy Loos.

—¿Cómo es posible que sus miembros se regeneren con esa facilidad, con esa rapidez? —preguntó Stanley, a su vez.

—Es el resultado de los trabajos de uno de sus grupos de hombres de ciencia. Lo consiguen por medio de unos injertos y unas drogas que les inyectan. Al menos, eso es algo de lo que hemos logrado saber —informó Dunkel.

—Siendo así, ¿por qué la rubia esa no hace lo mismo? —inquirió Margy.

—Tanto el injerto como la droga afectan el sistema nervioso y condiciona, sus reacciones de tal manera que prácticamente los dejan inútiles para pensar, para decidir por sí mismos, fuera de determinadas funciones que apenas si se elevan de las más primarias... —dijo Zarah.

—Con esos injertos, que los realizan también con las hembras, han logrado una especie de ejército luchador, sumamente belicoso, con gran desprecio por la existencia. Y sumamente disciplinado —siguió diciendo Dunkel.

—¿También un ejército femenino?

—También. Aunque a las hembras no las suelen lanzar al combate. Ellas sirven para criar nuevos guerreros, ya que les transmiten esas condiciones a sus hijos. Y los niños no necesitan ya del injerto ni de las drogas.

—Pero eso es un grave atentado, es de lo más criminal que conozco —exclamó Stanley.

—Los *graby* han dejado en mantillas a los peores engendros de ese tipo que han padecido ustedes en la Tierra.

—¿Y ese ejército reclutado entre indígenas de Airón, sirve para ser lanzado contra ustedes, contra sus coterráneos? —preguntó Margy.

—Exactamente. Al menos, de momento.

—¿Qué pretende significar con ese “de momento”?

—Ellos quieren tomar su gran venganza en *Graby*. Desean contar con un ejército fuerte y numeroso, y una máquina de guerra, que les permita volver a *Graby* e imponer allí su ley…

—Lo cual no quiere decir que abandonasen su dominio en Airón, el cual van extendiendo más y más.

Stanley dijo a Dunkel:

—Me gustaría ver una de esas grandes *fábricas* de soldados. Porque serán auténticas fábricas…

—Cuando en sus expediciones contra nosotros toman un buen número de prisioneros, cosa que ocurre con demasiada frecuencia, seleccionan a los mejor dotados, y los pasan a esa especie de laboratorio o fábrica, como usted quiera llamarles…

—¿Y qué hacen con los demás?

—Los convierten en campesinos o en obreros calificados, según lo que les convenga, lo que más necesiten…

—¿Y no se les rebelan jamás?

—Les anulan la voluntad, los convierten en una especie de autómatas, que trabajan, comen, descansan, hacen el amor… Pero todo de forma que se podría llamar mecánica —informó Dunkel.

Y Zarah prosiguió el informe, diciendo:

—Su transformación no es solamente síquica, sino física. Les desarrollan los músculos y hasta les crean determinadas extremidades supletorias, según a la especialidad que los dedican.

—¿Es posible tanta monstruosidad?

—Usted ya ha visto algo. Y le queda por ver más, aunque para ello tendrá que arriesgar, y no poco. Depende de hasta dónde quiera llegar —señaló Dunkel finalmente.

Margy Loos preguntó a los dos indígenas:

—¿Y no se les ha ocurrido intentar comunicar con el planeta *Graby* para informarles de lo que se está preparando aquí?

—Lo hemos intentado, pero hasta ahora no lo hemos logrado. Hemos intentado muchas cosas… Y hemos obtenido algunos pequeños triunfos parciales, y muchos grandes fracasos —dijo amargamente Zarah Tanga.

Margy aprovechó el lapso de silencio para preguntar a Stanley:

—¿Qué hacemos con el fugado? ¿Se le persigue o se le deja ir?

—Se trata de un enemigo que conoce el lugar en donde estamos, que conoce asimismo las armas y demás medios de que disponemos. No se le puede dejar ir —respondió Stanley.

—No lo podrán retener prisionero. Tendrán que matarlo —señaló

Dunkel.

—¿No hay medio de volverlo a su estado natural, a lo que era antes de su transformación?

—Nosotros no conocemos medio alguno. Tal vez los científicos *graby* lo conozcan...

—Pues peor para él. Es cuestión de subsistir, por nuestra parte. Sí, ya sé que no son responsables de sus actos... Pero tampoco lo son las serpientes venenosas y, sin embargo, las exterminamos —replicó Stanley.

Zarah Tanga, por su parte, dijo:

—Dejarle libre, con vida, puede significar la muerte o la captura de algunos de nuestros hombres o mujeres. Estoy de su parte, comandante.

—¿Cuánto tiempo hace que ha huido? —preguntó Stanley a Margy.

—Media hora escasa.

—Pues me voy a poner inmediatamente en acción. No me diga que le corresponde salir a usted, teniente. Se trata de una expedición, no de una exploración —dijo Stanley, con severa expresión.

—Sí, señor.

Dunkel dijo al joven comandante de la *Galaxia II*:

—Le recomiendo que se haga acompañar por Lawa Caron. Conoce el terreno como nadie, es capaz de seguir una huella mejor que un perro. Es resistente, sobria y una luchadora. Y por encima de todo, aborrece a todo lo que se relaciona con los *graby*.

—Le sobran motivos, ¿no?

—Pues sí...

—Entonces, no hay más que hablar. Voy a preparar la expedición...

Se dirigió a Margy:

—Nos mantendremos en contacto. Y si es preciso, saldrán a explorar en uno de los pequeños aviones-torpedo.

—Lo que usted ordene, señor...

Stanley sonrió y dijo a Margy:

—Estás demasiado consentida, teniente. Con eso de que eres la única chica de la expedición, y somos tres hombres para mimarte...

Tanto Sarah Tanga como Dunkel se echaron a reír, y Margy optó por hacer lo propio.

Zarah Tanga llamó a Lawa Caron, a la cual dio instrucciones, indicándole que debía ponerse al servicio de Stanley para tratar de encontrar al fugado.

Y la atractiva indígena sorprendió respondiendo con algunas palabras en inglés, del cual había ido aprendiendo, mientras ayudaba a Rogers.

Stanley comentó:

—¡Bien! No es una dicción muy perfecta, pero pienso que nos entenderemos.

Lawa Caron sonrió con picaresca expresión, y respondió, mezclando las palabras de los dos idiomas:

—Seguro que nos entenderemos bien.

Señaló un gracioso y cautivador movimiento de caderas, como si fuese a iniciar un prometedor baile.

Y Margy dijo para sí:

—¡Vaya! Lo que nos faltaba. Primero le gustó Rogers, y ahora parece que no le hace ascos a Robert.

Zarah, que se había reunido con Margy, como si comprendiese lo que sucedía en su ánimo, dijo:

—Entre nosotros hacer el amor no tiene mucha más importancia que hacer una buena comida. No debe preocuparse.

—¡Pues sí que es un consuelo!

—¿No sucede lo mismo en la Tierra?

—En unos lugares, sí, y en otros, no, depende...

El profesor Coleman, que se había acercado asimismo, dijo a Margy:

—Jovencita. Va siendo hora de que entres, de una vez, en este siglo veintiuno. Y no solamente de palabra...

—¿Y qué voy a hacer yo, me lo quiere decir, "doc"?

—Eso es cosa tuya...

Stanley, en tanto, preparaba las provisiones que calculó les podrían hacer falta, tras haber cambiado impresiones con Dunkel.

CAPÍTULO VII

Stanley no tardó en llegar al convencimiento de que no le habían exagerado, en lo que se refería a las cualidades de Lawa Caron para seguir las huellas del fugitivo.

La indígena, que tomó parte de la carga de Stanley, se movía con seguridad y rapidez, particularmente, cuando entraron en la zona de bosque elegida por el fugitivo para huir.

Por algunas palabras sueltas de Lawa, y por sus cambios de dirección, entendió Stanley que el fugitivo se mostraba astuto en su huida, tratando de confundir con sus trucos a los que le pudiesen perseguir.

En un momento determinado, Lawa hizo comprender a Stanley que el fugitivo era ágil y resistente y que, por tanto, convenía marchar con mayor rapidez.

Llegó un momento en que la indígena apresuró el paso, mientras daba un rodeo.

Llegados ella y Stanley a un cierto punto, se detuvo, descansó la carga entre la hojarasca del suelo, y dijo a continuación:

—Nosotros ahora, descansar tranquilos.

—¿Qué quieres decir?

—El, detrás. Le hemos adelantado,

—¿Y si se va por otro sitio?

—Él no tiene otro lugar para huir. Este sitio es paso obligado...

Cerca del lugar en donde Lawa se disponía a acampar, pasaba un arroyo de poca anchura, pero de cierta profundidad y aguas límpidas, transparentes.

Lawa se dirigió a Robert, del cual se hizo comprender con medias palabras en inglés y algunos gestos. Dijo:

—Tú vigila mientras yo tomo baño. Tú tranquilo. El tardará aún...

Stanley comprendió que era inútil oponer nada. Por otra parte, Lawa se mostraba completamente segura de lo que hacía.

Se desnudó la indígena sin alardes, pero sin recatarse tampoco, sino de la forma más natural, y se dirigió al arroyo en el cual entró, comenzando a nadar y a juguetear con el agua.

Salió unos diez minutos más tarde y, desnuda, se tumbó al sol a secarse.

Sonrió luego con expresión de graciosa picardía cuando comenzó a vestirse. Y dijo a Stanley:

—Tú fuerte y hermoso. Pero ahora comer. Y cuando terminar comer, él llegará y nosotros apresar...

—¿Es que posees un sexto sentido para saber por dónde está él ahora?

—Yo poder leer en cerebro rudimentario de hombre-soldado —

fue la respuesta de Lawa, la cual, tan pronto se hubo vestido, comenzó a comer tranquilamente su ración.

Stanley decidió imitarla.

No habían transcurrido cinco minutos del final de la comida cuando Lawa anunció:

—Ya lo tenemos ahí...

Hizo señal a Stanley para que la siguiera. Y tras indicarle un lugar para que se apostase en él, dijo:

—Tú salir cuando él llegue, pero no tirar. El querrá huir. Entonces yo atacaré...

Lawa pareció leer en la mirada de Stanley la duda sobre su capacidad para vencer al fugitivo y, tras sonreír picarescamente, dijo:

—Si yo no poder vencer, entonces atacas tú. Así él no podrá volver a huir.

Stanley, por un momento, recibió la sensación de que aquélla era para Lawa como una especie de prueba deportiva; y no quiso defraudarla.

—Está bien. Espero que aciertes...

Volvió a sonreír la indígena. Y fue a ocultarse algo más lejos, haciéndolo de tan hábil manera que se confundía con la naturaleza que la rodeaba, en un auténtico fenómeno de mimetismo.

Poco después percibió Stanley el leve ruido que producía un ser, al avanzar entre la intrincada maleza.

Consultó su cronómetro. La aparición del fugitivo se ajustaba a las previsiones hechas por la indígena. El lugar por donde aparecía, también.

No tenía otro punto de salida para su huida.

El hombre-guerrero al servicio de los *graby* hizo, al fin, acto de presencia. Su avance era rápido y cauteloso a la vez. Se movía como un felino, como una fiera recelosa que se supone perseguida.

Tal como Lawa le había indicado, Stanley hizo acto de presencia, cortando el paso al fugitivo, al cual encañonó con su emisor de ondas “*S-Láser*”.

Inició el indígena un movimiento de ataque, pero a un ademán amenazador del terrícola, volvió a quedar inmóvil.

Fue cosa de décimas de segundo. E inmediatamente inició otro movimiento para huir, para ocultarse entre la espesura de la cual había salido.

Intuyó entonces el fugitivo que tenía otro enemigo a sus espaldas, y su rostro reflejó desesperación.

El indígena se dispuso a actuar como una fiera acorralada.

Saltó Lawa ágilmente, y el fugitivo, que había girado con rapidez, intentó hacer presa en el cuerpo de la bella indígena.

Esta, en el aire, de forma que parecía increíble, rectificó su salto y

esquivó el doble zarpazo de su enemigo.

Tocó Lawa el suelo con ambos pies, posándose con la ligereza de un ave y, tras engañar con su izquierda, atacó con la derecha.

Asió Lawa a su contrario por una muñeca, empujó primero y tiró acto seguido, haciéndole perder el equilibrio.

El fugitivo estaba prácticamente a merced de la indígena, la cual, tras el tirón, golpeó con el canto de la mano izquierda en los músculos del cuello de su contrario.

Sufrió éste una crispación.

Y entonces fueron los dedos de Lawa los que actuaron, asestando un doble golpe primero a la altura del hígado y luego en los ojos del indígena.

Actuaba con una sincronización de movimientos que asombró a Stanley, que se mantenía atento, vigilante, sin casi atreverse a respirar.

Lawa volvió a empujar y a tirar, sometiendo a su contrario a unas desconcertantes sacudidas que no solamente rompían su equilibrio físico, sino el síquico.

Y seguidamente, volvió a tirar, haciendo alzar a su antagonista del suelo.

Una vez lo tuvo en el aire, lo volteó en el mismo y, al tiempo que gritaba salvajemente, lo lanzaba contra el tronco de un árbol, en el cual chocó el fugitivo violentamente de cabeza.

Lawa dio la sensación de que no se había esforzado en absoluto, y quedó contemplando el cuerpo de su víctima, el cual, tras el violento choque, había caído al suelo en el que había quedado inmóvil, dando la sensación de que estaba roto, desarticulado.

La atractiva indígena giró lentamente para dirigirse a Stanley, al cual dijo, sin dejar de sonreír:

—Él no se fugará nunca más; y nunca más hará daño a nadie. Tú, tranquilo.

Lo dijo con extremada sencillez, como si lo que terminaba de hacer hubiese sido algo natural, como el comer o el dormir.

Stanley comprobó pronto que la indígena no se equivocaba. El cuerpo del indígena se fue desvaneciendo hasta quedar convertido en una leve nube de humo y unos restos de cenizas en el suelo.

—¿Por qué sucede eso, Lawa? —preguntó el joven comandante terrícola.

—No lo sé. Hombres de *graby* tienen mucha magia... Claro, yo también tengo magia.

—Ya he podido darme cuenta.

—Pero ellos tienen mucha, mucha más magia —repitió.

Dio la sensación de que tal “magia” le preocupaba profundamente, a juzgar por su gesto.

Pero volvió pronto a su habitual sonrisa.

Y comenzó a desnudarse de nuevo.

—Yo, calor. Y bañarme otra vez. Ya no hay prisa.

—Está bien, puedes bañarte. Te aguardaré.

—Tú también calor, debes bañarte...

La atractiva indígena se había acercado a Robert, al cual comenzó a librar de la ropa que, si primero le había protegido del frío matinal, luego le había proporcionado tanto calor que había faltado poco para que sudase.

Stanley llegó nuevamente al convencimiento de que debía dejar hacer a su atractiva compañera, la cual, mientras terminaba la tarea que se había impuesto, decía:

—Tú hermoso, muy hermoso.

—Gracias, Lawa. Tú sí que eres hermosa...

Rio la bella indígena, que empujó a Robert en dirección al arroyo. Una vez en la orilla del mismo, lo tiró al agua y se lanzó tras él.

—Agua buena, tú hermoso... Y yo amarte mucho, mucho...

Lawa se enroscó materialmente con brazos y piernas al cuerpo de Stanley, el cual, una vez más, se dejó llevar por el impulso de la bella indígena.

* * *

Se hallaban Lawa y Stanley de regreso, cerca ya del campamento, cuando vieron que les salían al encuentro Margy Loos y el veterano Hood Rogers.

Comprendió Robert que sucedía algo desagradable, y corrió al encuentro de ambos.

—¿Qué hay del fugitivo? —preguntó Margy.

—Muerto... ¿Y qué diablos sucede aquí?

—El profesor Coleman se ha fugado con la prisionera. No sé lo que ha podido suceder entre ellos, ni cómo le ha convencido, pero lo cierto es que se ha ido con ella.

—Lo habrá obligado; si logró soltarse...

—Ha sido él quien la ha soltado. Yo tuve que salir en ayuda de nuestros amigos, que habían sido atacados por los *graby*... —informó Margy.

—Vamos por partes. ¿Dónde están Zeb Dunkel y Zarah Tanga? —preguntó Stanley.

—Fueron a defender su aldea. Y cuando han terminado allí, han corrido en auxilio de un par de pueblos, que han sido atacados también.

—¿Por qué no los has acompañado? —preguntó Stanley a Margy.

—A mi regreso de la última acción, me encontré con el desagradable hecho. Y decidí esperar a que regresara, señor —

respondió la joven Loos.

—¿Qué ha sucedido a nuestros amigos?

—Hemos destrozado a los *graby*, y ellos se han salvado. Lo mismo ha sucedido en dos lugares más a los que han acudido Zeb y Zarah, y en los cuales también les pude prestar ayuda; pero...

—¿Pero qué?

—En dos lugares más no ha sido posible ayudarles, y se llevan un buen número de prisioneros.

—Trataremos de rescatarlos y de apresar a sus secuestradores...

—¿Y qué hacemos con el profesor? ¿Y con Maiwa Songel? ¿Vamos a permitir que se lo lleve? ¿Que lo transformen? ¿Tiene idea de lo que puede suceder, si un hombre como el profesor Coleman se somete al servicio de esa gente?

—Sí, lo estoy pensando...

—Habrá que dejar a los de Airón, y pensar en lo nuestro. Y más adelante, ya actuaremos al lado de ellos, les libertaremos de esa gente, si nos es posible —dijo Margy.

Se dio cuenta Margy de que se había excedido, y se apresuró a decir:

—Perdón, señor. No he tratado de imponer mi criterio...

—No es necesario que te disculpes. Te comprendo perfectamente. Yo me encuentro ante un dilema... Y tú has resuelto ya.

—Lo que considero mejor...

—Así es. ¿Qué posibilidades hay de encontrar a Coleman y recobrarlo? —preguntó Stanley.

La pregunta, más que a Margy, iba dirigida a Lawa Caron, que se mantenía atenta, tratando de captar la trascendencia del hecho, el cual no comprendía bien, al no tener un conocimiento perfecto del idioma de los terrícolas.

Lawa Caron comprendió bastante bien. Y respondió:

—Depende del tiempo que ellos hayan marchado de aquí.

Margy, en su trato con Zeb Dunkel y con Zarah Tanga, había aprendido bastantes de los vocablos más importantes para entenderse en el idioma de ellos. Y comprendió bien la respuesta de Lawa, en el idioma indígena, pero salpicada asimismo de vocablos ingleses.

—Hace poco más de cuarenta minutos. No llega a una hora —informó Margy.

Hizo Lawa una señal que indicaba que las cosas no estaban demasiado claras. Y dijo a continuación:

—Maiwa Songel tiene fuerte magia, y tal vez ha llevado hechizado al señor Coleman...

Los tres terrícolas cambiaron entre sí miradas que reflejaban sorpresa, estupor.

—¿Qué quiere decir con eso de la magia? —preguntó Rogers.

Margy, más por la expresión y los ademanes de Lawa, que por sus palabras, intuyó cual había sido la suerte de Coleman y el motivo de su huida.

—Temo que Maiwa ha hipnotizado al profesor Coleman. Y que se está sirviendo de él.

Se dio cuenta Lawa de que Margy la había entendido, y prosiguió diciendo:

—Si Maiwa Songel llega hasta donde tenga vehículo escondido, será difícil de alcanzar. Vehículo rápido, como los vuestros.

La joven indígena señaló los aviones-torpedo de que los terrícolas podían disponer.

—¿Habrán salido por el mismo lugar por el que intentó huir nuestro prisionero?

—Puede que ella tenga escondite en las "Grutas Rojas". Y habrá ido por otro sitio, porque luego puede saltar en su aparato volador —fue la respuesta de la indígena.

Stanley ordenó a Rogers:

—Debe quedarse aquí, acelerando la reparación de nuestra astronave. Y mucho cuidado que no surja la sorpresa. Espero que regresemos pronto.

Poco después, Stanley ocupaba los mandos de uno de los aviones-torpedo, mientras Margy ocupaba el otro, llevando a Lawa como compañera de vuelo, y guía.

CAPÍTULO VIII

Fue Lawa la que, tímidamente, se atrevió a sugerir a Stanley que se dirigiese a la salida que ya conocían, mientras ella, con Margy, iba hasta las “Grutas Rojas” para tratar de encontrar en ellas rastros de la fugitiva *graby* y el profesor Coleman.

Antes de emprender el vuelo, dijo Margy a Stanley:

—Nos mantendremos en contacto constantemente. Así podremos saber si alguno de nosotros descubre algo.

Salió Stanley por delante, y le siguió Margy, llevando con él a la cautivadora indígena, que se mostró cauta en su trato con Stanley, comprendiendo que algo sentimental unía a los dos jóvenes terrícolas, aunque tal vez ellos mismos no se habían dado cuenta aún.

Stanley se dio cuenta pronto de que Coleman y la *graby* habían tomado el camino de las “Grutas Rojas” para su huida.

A pesar de ello, llegó a rebasar el lugar en donde había sido aniquilado el prisionero que habían hecho, junto con Maiwa Songel.

Empleó Stanley todos los medios de detección de que disponía el pequeño y rápido aparato, todo ello con resultados negativos.

Resultados que comunicó a Margy, con la cual se había mantenido en contacto.

Margy, por su parte, comunicó a su jefe que a Lawa le había parecido descubrir algunas huellas de los fugitivos.

Y que iban a tomar contacto con el suelo para comprobarlo.

Antes de cortar la comunicación, Stanley avisó a Margy de que se dirigía hacia aquel lugar para reunirse con ellas.

Las “Grutas Rojas”, situadas en una región abrupta, en uno de los extremos en que los hombres de Airón mantenían aún un cierto dominio, se hallaban situadas en pequeñas colinas que, aunque pequeñas, no tenían fácil acceso; colinas que, por la coloración que tomaban, particularmente en las puestas de sol, eran denominadas “Colinas Rojas”.

El avión-torpedo, tripulado por Stanley, tomó suelo en una pequeña explanada, junto al aparato que pilotaba Margy, la cual se reunión con él inmediatamente.

—¿Y Lawa Caron? —preguntó Stanley.

—Ha encontrado huellas de Maiwa Songel y del profesor Coleman...

—No me irás a decir que ha ido a tratar de apresarlos...

—Sería difícil, porque han salido volando. Hemos podido apreciar asimismo las huellas del aparato que les ha servido para huir.

—¿Y qué diablos busca ahora?

—Nuevos aparatos. Dice que tiene que haber más de uno.

—Estamos perdiendo un tiempo que puede resultarnos precioso...

—¿Tiene ya algún plan? ¿Ha pensado en algo? No creo que nos resulte fácil alcanzarlos, en su viaje por el aire.

—¿Cuánto tiempo hace que han salido?

—Según Lawa Caron, debe hacer ya unos veinte minutos… Y pienso que no se ha debido equivocar…

—No se equivoca. Esa chica es capaz de calcularlo todo, de tener en cuenta hasta el movimiento de una brizna de paja —dijo Robert.

—Pues sí, tiene una gran sensibilidad. Ella ha llegado a las mismas conclusiones a que he llegado yo que, por mi parte, he empleado el termómetro y el fotómetro.

—¿Qué podemos hacer? Hay que pensar. No podemos dejar al profesor Coleman en manos de esa gente.

—No se me ocurre otra idea que la de ir a rescatarlo.

—¿Así, por las buenas? —preguntó Stanley.

—Por las buenas o por las malas. Más bien por las malas.

—¿Por ejemplo?

—Podemos capturar algún personaje, y proponer el cambio de Coleman por él. Por ejemplo, al marido de Maiwa Songel. Creo que se llama Bolton Ludow —señaló Margy.

—Según dijeron Dunkel y Zarah Tanga, no admitirán el canje. Preferirán que los matemos, antes que ceder ante una cosa así —respondió Stanley.

En aquellos momentos vieron llegar, corriendo, a Lawa Caron, la cual parecía bastante excitada.

—¿Qué le sucede?

—Pienso que ha encontrado algo de interés.

Poco después, se retiñía la indígena de Airón con los dos terrícolas, a los cuales comunicó:

—Nada menos que dos aparatos voladores. Dispuestos para salir. Tienen carga de combustible y todo.

—¿Eres capaz de tripular uno de ellos, Lawa? —preguntó Stanley a la indígena.

—Yo no soy capaz. Zarah Tanga y Zeb Dunkel sí son capaces.

—¿Cómo podríamos ponemos en contacto con ellos?

La joven indígena señaló los aviones-torpedo. Y dijo con sencillez:

—Ellos son rápidos, y nosotros podemos llegar pronto. Luego podemos traerlos rápidamente a ellos y, así podrán llevarse los dos aparatos.

—Es una idea. Vamos. A los aparatos. Hay algo que puede conmigo, y es la idea de lo que sufrirá Coleman; y de la posibilidad de que lo transformen, como hacen con estos pobres indígenas a los que hacen prisioneros —dijo Stanley.

Mientras ocupaban sus asientos en los aviones-torpedo, dijo Lawa, en tono que resultaba inquietante:

—Los *graby* son malos. Quieren dominarlo todo. Quieren dominar Airón, quieren apoderarse de *Graby*… Y hasta piensan ir a vuestro planeta la Tierra.

Tras corta pausa, añadió:

—Yo les oí hablar de eso, cuando era su prisionera.

Salió primero el avión-torpedo en que iban Margy y Lawa, y lo hizo a continuación Stanley, quien luego se adelantó, siguiendo las instrucciones que, por medio de Margy, le dio Lawa.

No tardaron en reunirse con Zarah Tanga y con Zeb Dunkel, los cuales fueron informados de lo que sucedía.

Dunkel, por su parte, informó a Stanley, diciendo:

—Hemos tenido pérdidas abundantes; pero lo que es peor, se han llevado con ellos más de dos mil prisioneros.

—Prisioneros cuya gran parte convertirán en enemigos de ustedes.

—Así es. Hoy, la mayor parte de las fuerzas que nos han atacado estaban compuestas por seres salidos de nuestro propio pueblo, seres a los que han anulado la personalidad, transformándolos totalmente.

—¿Vamos a intentar terminar con eso?

—¿Tiene alguna idea?

—Ir hasta allí, combatirles en su propia casa. Hay que destruir sus instalaciones y recuperar a nuestro profesor Coleman.

Zeb Dunkel se mantuvo pensativo, tras haber escuchado a Stanley, reflejando viva preocupación.

Al fin dijo:

—Sí, no hay más remedio. Es arriesgado, tal vez no regresemos jamás. Al menos, acaso no volvamos como seres libres; pero si no se les anula, de manera paulatina irán terminando con nosotros.

Zarah Tanga se mostró conforme con Dunkel.

Margy dijo, como final:

—Es nuestra única solución. Asestarles el golpe allí mismo, destruir sus instalaciones… Y obligarles a regresar a *Graby*. Que se las compongan con los suyos…

Hubo que convencer a Lawa para que quedase allí aguardando el regreso. En cada avión-torpedo sólo podían ir dos personas. Y tanto Zarah como Dunkel debían ir para pilotar y llevar con ellos los dos aparatos que habían sido descubiertos.

De nuevo en las “Colinas Rojas”, fue fácil a los expedicionarios localizar los aparatos, los cuales se hallaban dispuestos para salir.

Habían llevado medios de detección suficientes, y, aunque no les resultó fácil, lograron descubrir asimismo algunos depósitos de combustible.

Comprobaron pronto, que aunque no eran grandes depósitos, poseían la cantidad suficiente para poder hacer funcionar todos los

vehículos que, de momento, tenían detenidos los indígenas de Airón.

—¡Esto es magnífico! —exclamó Zarah Tanga, con entusiasmo.

Dunkel, un poco asombrado, preguntó a Stanley:

—¿Cómo es posible que hayan dejado aquí, a nuestro alcance, todo este combustible?

Intervino Margy para decir:

—Seguramente, se disponían a asestarles a ustedes un golpe por la espalda. Y para ello, necesitaban estas reservas, en un lugar como éste...

—Cabe en lo posible... Pues de buena nos hemos salvado — comentó el propio Dunkel.

—Ustedes habían hablado de la posible existencia de depósitos y vehículos, pero no aquí...

—Naturalmente que no. Sospechábamos la existencia de algo semejante, pero en otros lugares lejanos, en tierra de nadie, o en territorios prácticamente dominados por ellos...

Zarah comentó:

—Pues menos mal que la huida de Maiwa Songel, con el profesor, nos ha permitido descubrir esta especie de tesoro...

—Ella ha prestado un flaco servicio a los suyos...

Margy, con gran sentido práctico, intervino de nuevo para decir:

—Eso será si llegamos a tiempo de evitar que empleen a Coleman en contra nuestra. Coleman es un genio que, manipulado por ellos, puede hacernos mucho daño.

Aquello les hizo despertar, apresurándose a cargar en los cuatro aparatos todo el combustible que les fue posible.

—Con este combustible que nos llevamos, podrán venir nuestros “todo-terreno” en busca del resto.

Comenzaron los cuatro jóvenes a sentirse ganados por la prisa. Empezaba a obsesionarles una idea: “Coleman en manos de los «graby» podía significar el desastre para ellos.”

Una vez de regreso, y entregado el combustible, partieron tres vehículos “todo-terreno” hada las “Grutas Rojas”.

Y Stanley, reunido con Zeb Dunkel, Zarah Tanga y Margy, estudiaron el plan que consideraron que podría resultarles más eficaz.

Poco después, se les reunía Lawa Caron, la cual por su conocimiento de la ciudad de los graby, debería ser un auxiliar de inestimable valor.

Stanley, tras explicarle los planes que habían hecho y la parte sumamente peligrosa que se le confería a ella, le dijo:

—No podemos obligar ni obligamos a nadie a que nos secunde. Eso es lo que esperamos de ti, pero, si no quieres ir, no se te tendrá en cuenta como nota desfavorable.

—Yo conozco bien el peligro, y no temo. Si voy, puedo morir

antes; pero si no voy, moriré también, porque ellos terminarán con nosotros. Y entonces mi muerte no servirá de nada.

Lo dijo con la máxima sencillez, como si en realidad la vida o la muerte no tuviesen importancia para ella.

Zeb Dunkel dijo a Stanley:

—Yo pilotaré uno de nuestros aparatos. Posee un dispositivo que distorsionará las emisiones que ellos realicen, tratando de detectamos.

—Había contado con ello...

Miró Stanley a Margy, dispuesto a darle instrucciones para que se quedase en el lugar de Hood Rogers, mientras éste ocuparía su puesto en uno de los aviones- torpedo.

Y dijo:

—Si Zarah Tanga queda aquí para actuar como fuerza de reserva con sus otros dos compañeros, Hood Rogers y yo...

Margy interrumpió:

—Perdone, señor... El veterano Hood Rogers tiene una misión específica. Puede ser un buen piloto. Pero no está en condiciones de luchar como deberemos hacerlo nosotros, por tanto...

—El comandante soy yo, teniente Loos...

—No discuto su autoridad, señor. Pero, por encima de ella, están nuestras leyes y nuestros reglamentos...

—Bien, por ahí no hay nada que oponer.

—Entonces, ¿para qué perder tiempo? Si a Lawa Caron no le importa morir, a mí tampoco.

—Pero éste no es su problema, teniente Loos...

—Perdone, señor, pero si no rescatamos a un compañero como el doctor Coleman, si no logramos los materiales que necesitamos para terminar la reparación de nuestra *Galaxia II*, estamos condenados a no regresar jamás a la Tierra. ¿Está seguro de que no es mi problema, señor?

Lawa Caron sonrió, al escuchar a la atractiva teniente.

Y dijo:

—La linda mujer de la Tierra será un buen jefe. Incluso de su casa, cuando tenga un esposo y muchos hijos.

Rio, tras su frase.

Y todos los demás le imitaron.

Stanley señaló un encogimiento de hombros, y preguntó a Dunkel:

—¿Decía algo?

—¡No, nada! De esta galaxia o de la otra, de este u otro planeta, ellas son siempre las mismas...

Poco después, desde el lugar en donde la astronave terrestre se hallaba en reparación, salía la expedición contra los *graby*, el pueblo que se consideraba superior y que trataba de imponer su dominio, no

solamente en Airón y *Graby*, sino en la propia Tierra.

Dos compañeros de Dunkel pilotaban los aparatos tomados a los *graby*; Dunkel pilotaba el que se hallaba en su aldea y, tanto Stanley como Margy, se pusieron tras los mandos de sus respectivos aviones-torpedo.

CAPÍTULO IX

Siguiendo los planes que previamente habían sido trazadas, la pequeña escuadrilla sobrevoló a bastante altura la columna de prisioneros indígenas hechos por los *graby*.

Y no mucho después, se presentaban ante la ciudad, medio sumergida en el lago, que servía de capital y centro a los *graby*.

Los aparatos, bien protegidos por las emisiones que hacía el pilotado por Zeb Dunkel, lanzaron su primer ataque contra la ciudad, antes de ser descubiertos por los aparatos de detección enemigos.

Y tuvieron la satisfacción de comprobar que habían producido no poca confusión en la ciudad enemiga, en la que causaron bastantes destrozos, desde el aire.

Cuando se produjo la reacción de los atacados, ya la pequeña escuadrilla se alejaba, perdiéndose en la lejanía para regresar de nuevo a poco, y sorprender a los *graby* con un nuevo ataque que, aparte el daño que causó en las instalaciones ciudadanas, llevó el pánico y la confusión a los que se consideraban superiores en todo, y fuera de cualquier peligro.

Atentos los *graby* en aquella ocasión, sus proyectiles-cohete de cabeza atómica fueron disparados prontamente contra los expedicionarios.

Y se sintieron desvalidos cuando comprobaron que los rastreadores de proyectiles que hacían actuar Margy y Stanley desde sus aparatos, hacían explotar las cargas atómicas bastante antes de que pudiesen llegar a sus objetivos.

Se hubieron de enfrentar, a poco, Stanley y sus compañeros de acción, con los aviones y rápidos helicópteros que los *graby* habían lanzado al aire.

Los aviones-torpedo, pilotados por los dos terrestres, muy superiores por su armamento y su capacidad maniobradora, se impusieron pronto a los aparatos *graby*, cinco de los cuales fueron derribados en pocos segundos, sin daño alguno para la otra parte.

Y muy poco después, cuando ya se alejaban, dispuestos a regresar para someter a los *graby* a un nuevo ataque, llegó a Stanley, por medio de Zeb Dunkel, que la recibió, la conminación que les hacían desde la ciudad.

—Atención, comandante Stanley. Soy Zeb Dunkel.

—Diga, Zeb…

—Es una conminación de los *graby*. Hecha por la que fue nuestra prisionera…

Era una de las reacciones que esperaban, tanto Stanley como Zeb Dunkel.

—Veamos esa conminación.

—Si lanzamos un nuevo ataque, sacrificarán al doctor Max Coleman.

—Dígales que, si tocan un pelo al doctor Coleman, les destrozaremos a ellos —fue la respuesta de Stanley.

Fue transmitida la respuesta por Dunkel a los jefes *graby*.

Y el propio Dunkel pasó, no mucho después, la respuesta de los jefes enemigos:

—Insisten en que matarán a Coleman, si se produjese un nuevo ataque. Están convencidos de que, de todas formas, los vamos a destruir, a menos que tengan un rehén tan importante en sus manos.

—Está bien. Díganles que, si someten a Coleman a alguno de los "tratamientos" a que acostumbran, los arrasaremos. Y que poseo medios para enterarme de lo que sucede en sus "laboratorios".

Seguidamente, Stanley dijo a Dunkel:

—Hay que ganar tiempo, según convinimos.

—Pienso que es lo que ellos desean.

—Pero ese tiempo se debe ganar sin que Coleman sufra intervención alguna.

—De acuerdo, Stanley. Voy a intentar una reunión entre ellos y nosotros para discutir unas condiciones de paz. Unas garantías de ustedes para ellos, y de ellos para nosotros, los de Airón.

—Magnífico...

—Ya sabemos que estos acuerdos no se cumplen jamás, ni siquiera a corto plazo, pero ganaremos tiempo.

Corto Zeb Dunkel la comunicación.

Y la volvió a establecer poco después para responder a Stanley:

—Han dicho que estudiarán nuestra propuesta. Y que la harán llegar a nuestra base, no después de una hora.

—Bien. Fingiremos retiramos.

La pequeña escuadrilla se había mantenido fuera del alcance de las armas de los *graby*, pero cerca de la ciudad, para volver sobre ella, en el caso de no haber llegado a un principio de entendimiento.

Pero una vez logrado éste, se alejaron para hacer creer a los de *graby* que, por el momento, abandonaban la partida.

Volvieron entonces los componentes de la escuadrilla a sobrevolar la columna de prisioneros hechos por los *graby*.

Pero en aquella ocasión, el vuelo fue bastante más bajo, dejándose ver.

Los prisioneros habían sido cargados en grandes camiones, que se dirigían hacia la capital de los *graby*,

Y según Stanley calculó, teniendo en cuenta la velocidad a que marchaban, y la distancia que de la ciudad al lago les separaba, tardarían aún algo más de tres horas en llegar a ella.

Era demasiado tiempo el que debían estar separados aún de

Coleman, sin poder auxiliarle.

Pero los terrestres confiaban en el miedo que habían sido capaces de hacer sentir a los dirigentes *graby*.

Siguiendo el plan que previamente había sido estudiado, y ajustándolo al desarrollo de los hechos, los expedicionarios regresaron a su base.

Y una vez en ella, tanto Stanley como Margy y la atractiva Lawa Caron pasaron a ocupar sendos asientos en los pequeños aviones-anfibio de los hombres de Airón mientras los aviones-torpedo de la *Galaxia II* quedaban en los respectivos compartimientos de la astronave que les servía de nodriza.

Se acercaban los momentos de mayor dificultad en la empresa que habían emprendido.

Hood Rogers se dirigió a su jefe, al cual dijo;

—¿Y si no regresan, qué va a pasar?

—Sencillamente, Zeb Dunkel le prestará la ayuda necesaria para que la astronave sea reparada totalmente, y emprende usted el regreso a nuestra base, cuando lo haya conseguido.

—¿Yo, solo?

—Bueno si se quiere llevar con usted alguna linda chica de las de Airón, eso es ya cosa suya y de ella.

Lo dijo en tono de broma, para restar importancia al peligro con el cual se debían enfrentar. Peligro que llevaba aparejadas no pocas penalidades.

Hood dijo en tono que reflejaba pesadumbre:

—El caso es que esa rubia de los *graby*, con todo su atractivo femenino, me pareció una serpiente. Y llegué a pensar en aplastarle la cabeza. Ojalá lo hubiera hecho.

—Olvida que se deben proteger de la extinción determinado tipo de bestias. Y es lo que sucede con los *graby*. Habrá que conservar algunas parejas, aunque no sea más que para estudiarlas cuando ya no ofrezcan peligro.

—¿Estudiarlas? Pienso que lo que se deberá hacer con ellas es un lavado de cerebro.

—Una buena idea, Rogers. La tendremos en cuenta.

Y puede ir preparándolo todo para nuestro regreso.

Tanto Margy como Stanley se despidieron de su compañero, con un abrazo.

Y Hood dijo a la atractiva pelirroja:

—Guando regreses, me casaré contigo, a poco que me quieras. Estoy harto de pasar solo estas torturas…

—¿Y prefieres que te torture yo? —preguntó Margy.

Rieron todos.

Pocos segundos después, los expedicionarios se elevaban en sus

minúsculos y veloces aparatos, poniendo rumbo hacia el lugar en donde calculaban que se hallarían entonces los camiones que transportaban a los prisioneros.

Los rebasaron a bastante distancia de ellos, y tomaron tierra, poco después de haberlos rebasado, cerca del camino.

Robert Stanley, Margy Loos y Lawa Caron, abandonaron los aparatos.

Los dos terrestres habían dejado sus ropas habituales e iban vestidos como cualquiera de los seres de Airón que habían sido hechos prisioneros por los *graby*.

Se despidieron de sus amigos, antes de que estos reemprendieran el vuelo, y se acercaron al camino, al encuentro de los prisioneros.

Zeb Dunkel y los otros dos pilotos volvieron a lanzarse a los aires, sobrevolando la columna de prisioneros a una altura en que su presencia no podría ser notada por los *graby* que servían como fuerzas de custodia.

No se habían alejado mucho cuando volvieron, pero, en aquella ocasión, volando bajo, simulando un ataque, disparando sus armas de tipo convencional contra las fuerzas de escolta.

El verdadero objetivo del ataque era producir la confusión entre guardianes y prisioneros.

Y cuando se produjo una auténtica desbandada, más que entre los prisioneros, entre los guardianes, Stanley, Lawa Caron y Margaret Loos salieron de los escondites en que se hallaban, y se confundieron entre la desgraciada gente de Airón.

Repitieron los aviones de Dunkel su maniobra para que la confusión fuese mayor, y dar ocasión a sus amigos a que se incorporaran a la expedición.

Y cuando llegaron al convencimiento de que el objetivo se había logrado, iniciaron el regreso a la base.

Los guardianes *graby* que habían llegado a sentirse dominados por el pánico, volvieron sobre sus prisioneros, una vez que el peligro se hubo alejado.

Y volvieron a ser los guardianes duros, implacables, dando la sensación de que sus cerebros estaban programados para actuar de semejante manera, y no eran capaces de otra cosa.

Uno de los guardianes miró a Lawa Caron con deseo y odio a la vez.

La atractiva chica le miró con expresión despectiva, y el guardián le dijo en el idioma de los de Airón;

—Te voy a machacar…

—Eres un sucio traidor —le escupió Lawa.

El individuo reflejó sorpresa en su expresión, como si no estuviese preparado para tal insulto.

Y fue a hablar con otro de sus compañeros, con el cual pareció cambiar impresiones con gran viveza.

Lawa se dirigió entonces a Stanley y a Margy, que se hallaban junto a ella, en el mismo camión, y al cuál habían subido, aprovechando la anterior confusión:

—Perdón, no he debido hacerlo. Ha sido correr un riesgo innecesario.

—Comprendo que no te has podido aguantar...

—Cierto, no he podido resistir su sucia mirada. Como si una fuese un objeto, del cual se puede disponer.

Seguidamente, les explicó lo que había sido su breve cambio de palabras con el guardián. Aunque los dos terrícolas, prácticamente, lo habían entendido.

Lawa Caron, tranquila ya, explicó a sus dos compañeros de aventura:

—A excepción de los tres jefes del grupo, que pertenecen a la raza *graby*, todos estos individuos son gente nuestra, apresada primero y convertida más tarde, con su sucia magia, a este estado de degradación.

Lo dijo con auténtica repugnancia; y añadió;

—Yo prefiero morir, antes que aceptar esto.

—Estoy de acuerdo contigo, pero piensa que ellos no han podido elegir. Los sometieron a un tratamiento, como nos someterán a nosotros, si no tenemos suerte... —dijo Stanley.

Tanto los dos terrícolas, como Lawa, llevaban escondidos, bajo sus ropajes, los pequeños emisores personales de rayos desintegradores, emisores que les debían dar una gran superioridad sobre sus enemigos.

Sin embargo, no ignoraban que, a poco que la suerte les volviese la espalda, perderían aquella superioridad y se sentirían vencidos, como los demás que les acompañaban, sometidos ya a la suerte que les estaba reservada.

Los tres desecharon los pensamientos que pudiesen llevarles al pesimismo, mentalizándose para luchar hasta la muerte, antes que ser vencidos.

Llegaron, al fin, ante la ciudad del lago, parte de la cual emergía entre las aguas del mismo, dando la impresión de un milagro, lo que no era más que el reflejo de una técnica muy avanzada.

Margy, silenciosa hasta entonces, dijo:

—Se acerca el momento...

Los tres compañeros de aventura cambiaron sendos apretones de manos para infundirse confianza.

En un momento en que Lawa Caron cambiaba impresiones con uno de sus compañeros de infortunio, que había sido apresado en una

de las aldeas, Stanley, en un arranque, abrazó a Margy y le dijo:

—Creo que te he querido siempre. Y cuando regresemos a la base, si tú lo deseas como yo, nos casaremos.

—Tengo la proposición de Hood, antes que la suya, señor —se burló la linda pelirroja.

—Vamos a dejarnos de bromas. Tal vez el bueno de Hood lo ha tomado en serio, pero no creo que tú...

—¿Y por qué no, señor? Hood puede ser un buen marido...

—Sí, sin duda. Como marido, tal vez sea mejor que yo...

—Sucede una cosa. El matrimonio no me va. No quiero víctimas a mi lado...

—¿Quieres decir que me rechazas...?

—¿Por qué? Simplemente, no deseo casarme. Soy de este siglo, señor...

Hubieron de interrumpir la conversación. Se abrían las compuertas que darían acceso a los camiones, para ir entrando en la ciudad por una especie de pista subacuática, cubierta por un túnel transparente que daba paso a la luz, y por unos grandes respiraderos que renovaban el aire constantemente.

Lawa Caron volvía al lado de sus compañeros, acompañada por el hombre con el que había hablado.

—Está dispuesto a morir, antes que someterse... —anunció.

CAPÍTULO X

Entraban ya en el túnel cuando Lawa Caron advirtió a sus acompañantes:

—Mucho exudado, ahora.

La pista era una especie de gran cinta transportadora, que imprimió una mayor velocidad a los camiones, los cuales, a medida que iban entrando en ella, paraban sus motores.

Casi al final de la pista, a un lado de la misma, había una especie de tribuna, en la cual se hallaban varios individuos de la *raza superior*, la *graby*.

Con aparatos de detección especiales, iniciaban una pre-selección de los prisioneros que llegaban, en el momento en que éstos eran obligados a saltar de los camiones.

—Nuestros emisores de rayos de la muerte pueden ser descubiertos —señaló Lawa.

Pulsó Robert un pequeño emisor de ondas de avisó, que debían ser recibidas por Zeb Dunkel.

Este, preparado ya según el plan establecido, alzaría el vuelo inmediatamente, junto con sus compañeros.

Y a un nuevo aviso de Stanley, sobrevolarían la ciudad de los *graby*, en señal de advertencia y para distraer su atención.

Margy, refiriéndose a los *graby* de la tribuna, dijo:

—¿Es el comité de recepción?

—Algo así. Recepción y distribución —respondióle Lawa.

—Son unos brillantes cerdos, tan rubios, tan pulcros, tan soberbios —señaló Margy, en tono despectivo.

Los guardianes que les habían dado custodia habían desaparecido rápidamente, mientras los prisioneros eran encauzados hacia una especie de tubo, por una fuerza que se podía considerar irresistible.

Era algo que tenía mucho de trágico y bastante de cómico, por la fuerza y la forma en que los seres de Airón eran tragados.

Los tres *graby* que habían actuado como jefes de la conducción, habían subido a la tribuna, donde fueron recibidos con aparatosos saludos por los que se hallaban en ella.

El hombre que se había puesto de acuerdo con Lawa, se había situado ya tras ella para protegerla de cualquier choque imprevisto, que le hiciese perder el emisor de rayos "*S-Láser*".

Margy se situó inmediatamente detrás del hombre, y Stanley cerró el grupo.

Al comandante de la Tierra le pareció ver a Maiwa Songel, que en aquel momento hacía su aparición en la tribuna, dispuesto a gozar del espectáculo trágico que ofrecían los prisioneros.

Stanley temió que se podría producir su identificación antes de

tiempo, lo mismo que la de Margy y Lawa Caron, y pulsó de nuevo el avisador que mantenía el contacto con Zeb Dunkel.

Se dio cuenta el joven Stanley de que Lawa Caron era arrastrada velozmente por la irresistible fuerza.

Afortunadamente, su acompañante la pudo seguir.

Margy Loos era arrastrada inmediatamente después por la irresistible fuerza, y Stanley se esforzó en seguirla.

Rebasaban los dos jóvenes terrestres la tribuna cuando tanto uno como otro recibieron la sensación de que la que había sido su prisionera, había reconocido a Lawa Caron, primero, y a ellos, después.

La última impresión que tuvieron, antes de desaparecer en aquella especie de torbellino, fue la de que la rubia Maiwa Songel elevaba la voz a la vez que agitaba los brazos con fuerza, señalando en la dirección en que ellos habían desaparecido.

Stanley pudo darse cuenta de que Lawa Caron, la bella indígena, era arrastrada hacia un lado, mientras que su acompañante, obligado a desprenderse de ella, era lanzado hacia el opuesto.

Se producía todo con vertiginosa rapidez.

Intentó Stanley evitar que Margy Loos fuese separada de él; pero no pudo impedirlo. La misteriosa fuerza la arrastraba detrás de Lawa Caron e, inmediatamente después, él seguía el camino por el que había sido lanzado el compañero de Lawa.

Uno, primero, otro, después, fueron víctimas de una especie de ligeras descargas eléctricas, que casi los paralizaron.

Stanley pensó que eran los preliminares, antes de someterles a la operación de transformación de su mentalidad.

Otros individuos que iban delante de ellos, marchando ya en una especie de cinta trasbordadora, con más lentitud que la que habían usado anteriormente, sufrían una serie de radiaciones, que los hacían estremecer.

Era algo que Stanley esperaba, pero que no sabía se podía producir tan pronto.

Y antes de que le alcanzaran tales radiaciones, hizo uso de su emisor de rayos desintegradores, los cuales dirigió contra los mandos del aparato que producía las radiaciones.

Como si los mandos tuviesen vida, se escuchó un escalofriante alarido, a la vez que se producía un fuerte chisporroteo y una serie de nubecilla de humo.

La cinta transportadora se detuvo, y con ella se detuvieron los seres que estaban siendo sometidos a tan crueles experiencias.

Siguió un nuevo alarido, salido de una garganta humana.

Y un *graby*, alto, calvo, totalmente vestido de negro, con una especie de malla brillante, salió tambaleándose y agitando sus brazos,

cuyas manos habían desaparecido totalmente, quedando las muñecas convertidas en sendos sanguinolentos muñones.

El *graby*, al descubrir a Stanley, y darse cuenta de que el daño recibido partía de él, gritó amenazadoramente.

Y se lanzó hacia adelante, a paso de carga, dispuesto a arrollar a su enemigo.

Tras el calvo salieron cuatro seres semejantes, más jóvenes, armados todos ellos con sub-fusiles que disparaban pequeños proyectiles que, aparte la herida, producían la paralización instantánea del organismo, debido al tóxico en que iban envueltos, y que se licuaba tan pronto entraba en contacto con la sangre.

Robert Stanley había sido advertido de ello, por Lawa Caron.

Y se apresuró a enviar una emisión de rayos, que fueron convirtiendo en humo y ceniza a los *graby*, sin darles ocasión de emplear sus fatídicas armas.

El *graby* calvo quedó desintegrado también, a causa de la emisión de rayos.

Y entre los prisioneros de Airón, se produjo un movimiento de sorpresa primero, de ánimo, después.

Porque seguían entrando, aunque con mayor lentitud, a pesar de la paralización de la cinta transportadora.

Se dio cuenta Robert de que otro *graby* armado intentaba parapetarse para dedicarle una rociada de balas.

Y actuó con rapidez, desintegrándole el arma.

Luego, cuando el otro quiso huir, le ordenó:

—¡Quieto o te destrozo!

El individuo dio la impresión de que no había entendido sus palabras. Pero había comprendido por el gesto, y se detuvo, alzando las manos para indicar que se entregaba y que deseaba seguir viviendo.

Y en aquel momento, se escucharon las sirenas de alarma, que advertían a los habitantes de la ciudad del lago, que se cernía sobre ellos un peligro que no se podía determinar todavía.

El compañero de Lawa, que se había rehecho del primer choque, se había situado cerca de Stanley, vigilando atentamente los movimientos de su enemigo, presto a actuar contra él.

Le adelantó el *graby*, a un nuevo gesto de Stanley.

Y el compañero de éste, siguiendo las indicaciones del hombre de la Tierra, desarmó al rubio *graby*, apoderándose de otro pequeño ametrallador.

Por los altavoces, situados estratégicamente, se escucharon instrucciones para que no se perdiera la calma y se dirigiese cada cual al refugio que tenía asignado.

Y se indicó asimismo que el peligro era algo indeterminado aún,

pero que se estaba en condiciones de hacerle frente, y destrozar al posible enemigo.

Por el momento, la amenaza exterior, y la acción de Stanley destruyendo los mandos que accionaban la cinta transportadora, y el aparato de las emisiones de rayos, contra los prisioneros, había suspendido el auténtico tormento que para éstos significaba la transformación que sobre ellos proyectaban los *graby*.

Stanley se dirigió a su compañero de aventura, al cual preguntó en la lengua de Airón:

—¿Conoces el idioma de los *graby*?

—Digamos que puedo entenderme con ellos. Aunque sea a golpes.

—Si no es preciso, no llegaremos a ellos. Prefiero hacerles volar la cabeza.

—Usted es de los míos.

La mirada del *graby* prisionero iba de uno a otro de sus enemigos, tratando de entender lo que decían entre sí.

—Dile a ese fulano que nos conduzca al “laboratorio” donde realizan los injertos y los lavados de cerebro.

Habló el hombre de Airón con el *graby* y seguidamente, dijo a Stanley:

—Asegura que no tiene idea de todo eso. Pero estoy seguro de que miente. Eso que dicen por los altavoces de que están en condiciones de destrozar al enemigo, lo ha envalentonado...

—Convéncele de que está perdido, si no nos hace caso.

El hombre de Airón atacó con un seco golpe que aplicó con el canto de su mano en la nariz del otro, el cual cayó de rodillas, lagrimeando, a la vez que se le enrojecía aquella parte del rostro.

Seguidamente, el de Airón dijo, en tono amenazador:

—Vamos para allá o te destrozo la cabeza.

—Me matarán...

—Si quieres salvarte, ponte de nuestro lado. El que se nos oponga, morirá. Todo eso que dicen es mentira. Sus estúpidas y embusteras propagandas de siempre —dijo el de Airón.

Stanley se sintió satisfecho. El compañero que le había proporcionado Lawa Caron cumplía su misión mejor de lo que podía haber imaginado.

Obligaron a caminar al *graby* delante de ellos, siempre bajo la amenaza del desintegrador que esgrimía Stanley, al cual cubría la espalda el hombre de Airón con su ametrallador, cuyos proyectiles no perdonaban al que tocaban.

Los prisioneros, aún bajo los efectos de las descargas que habían sufrido, se desplazaron también, siguiendo a Stanley y a sus compañeros.

Iban a desembocar en una especie de plazoleta cubierta, como el

lugar por donde iban, cuando descubrió Stanley una especie de grandes ojos, situados en techos y paredes.

Se trataba de tomavistas, que correspondían a un circuito cerrado de televisión, y, desde cuyo estudio central, los *graby* podían vigilarlos.

Y el joven comenzó a disparar contra las cámaras tomavistas de la televisión, destrozando seis de ellas, en breves momentos.

Siguió, a poco, la voz conminatoria de Maiwa Songel, la cual llegó a través de los altavoces.

La rubia gritó:

—¡Quieto ahí, hombre de la Tierra! ¡No des un paso más o el profesor Coleman morirá!

—Si a Coleman le sucede algo, os destruiré, aunque caiga aquí con vosotros. Estoy harto ya de seres superiores y de razas distinguidas. Sois la hez de la humanidad, eso es lo que sois.

Destrozó asimismo dos altavoces.

Se produjo un amplio boquete en uno de los techos,, y comenzó a entrar un chorro de agua.

El *graby* miró hacia el líquido elemento, con expresión angustiada.

Y dijo:

—Vamos, rápido. La presión del agua abrirá mucho el boquete, y se producirá el desastre...

Stanley pensó en Margy Loos y en Lawa Caron, las cuales podían ser víctimas del desastre que no podía tardar.

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XI

Instó Stanley al individuo a que fuese cuanto antes hacia la cámara de torturas de los *graby*.

Se disponía a dar orden a su acompañante para que se ocupase de sacar a la gente de la parte baja de la ciudad, cuando vieron asomar a Margy y a Lawa… en la misma plazoleta a que ellos habían accedido.

Se produjeron una serie de violentan explosiones en la parte alta de la ciudad. Y el pánico comenzó a cundir.

Stanley se dirigió a Margy, a la cual ordenó:

—¡Hazte cargo de todos, y llévalos rápidamente hacia la parte alta de la ciudad! ¡Arrasad a todo el que se oponga! ¡Es una orden!

—¿Y Coleman?

—¡Yo me ocuparé de él…!

Margy, ayudándose de Lawa y del otro hombre de Airón, inició la operación que su jefe le encomendaba.

Afortunadamente, los prisioneros de ambos sexos habían aprendido a confiar en los seres de la Tierra, y fue relativamente fácil encauzarlos para que, de forma ordenada, fuesen abandonando aquella zona baja de la ciudad.

Margy se situó en vanguardia, con el hombre, mientras Lawa Caron ocupó la retaguardia.

La brecha de agua se iba agrandando, y comenzaba a ser un peligro real quedarse en aquella parte.

Intentó fugarse el prisionero de Stanley, pero éste le enseñó que era peligroso que realizase una falsa maniobra.

Y el *graby*, sometido de nuevo, aunque reflejando pánico, indicó a Stanley que debía seguirle.

Por los altavoces se oyeron algunas órdenes, dadas por el mando *graby* para que determinados pasos fuesen cerrados y vigilados estrechamente.

Se dieron órdenes de captura sobre los terrestres, y de destrucción, contra los seres que habían sido hechos prisioneros aquel mismo día.

La confusión era enorme, por la razón de que la gente sometida a los *graby* anteriormente, en su mayoría, tenía el mismo aspecto físico que la recién llegada, la que había sido apresada en las luchas de aquel día.

Stanley destruyó algunos de los altavoces por los que llegaban las órdenes.

Y destruyó asimismo algunos de los objetivos tomavistas del circuito de televisión.

Y tanto Margy como Lawa, sin dejar de conducir a la gente, le

secundaron en la labor de destrucción para que las órdenes del mando *graby* no pudiesen ser obedecidas, ni por los *graby* de inferior graduación, ni por la mucha gente que tenían esclavizada, sometida.

Se produjeron dos nuevas vías de agua que, aparte las inundaciones, inutilizaron algunos de los mecanismos que servían para mantener el movimiento de la ciudad sumergida.

Y se produjeron nuevas explosiones en la parte alta de la ciudad.

Vio Stanley, cómo Margy, Lawa Caron y el compañero de ésta se enfrentaban a un grupo de guerreros, conducidos por tres *graby*.

La lucha duró décimas de segundo, pues tanto los *graby* como los guerreros fueron desintegrados por las armas de rayos que utilizaban, tanto Lawa como la joven oficial terrestre.

Siguió el *graby* adelante, conduciendo a Stanley. Y al fin señaló una amplia puerta que estaba herméticamente cerrada.

El *graby* dijo:

—Es ahí. Ellos tendrán ya noticia de que estamos por aquí. Y no me extrañaría que hubiesen matado ya a ese profesor Coleman, de quien habla usted.

—Eso sería lo peor que podría suceder al pueblo *graby*, porque significaría su total aniquilamiento.

Robert dirigió su aparato de rayos desintegradores contra el centro de la puerta, y pulsó el disparador.

Se produjo un fuerte chisporroteo, al que siguió una nube de humo azulado y varias llamaradas, hasta que quedó practicado un ancho boquete en la puerta.

Apresuró Stanley el paso, y obligó a hacer lo propio a su acompañante.

Rebasaron ambos hombres la abertura practicada por Stanley, y se vieron ante una fila de *grabies*, dos de los cuales estaban armados, y dirigieron sus disparos contra Stanley y su forzado acompañante.

El joven comandante de la Tierra se había escudado en el *graby* e hizo accionar a su vez el emisor de rayos desintegradores.

Los dos *graby* que disparaban quedaron convertidos en humo y cenizas, mientras el que había servido involuntariamente de escudo a Stanley caía herido, quedando en el suelo, inmovilizado por los efectos del proyectil.

Stanley amenazó a los otros:

—Al que se mueva, lo convierto en nada. ¿Saben lo que es?

Se escuchó un grito espeluznante, que salía de la pieza contigua.

Stanley reconoció la voz del profesor Coleman.

Y atacando con furia, se abrió paso, derribando a los *graby* y haciendo saltar la puerta tras la que debía encontrarse Coleman.

Abierto el nuevo hueco, descubrió a Coleman, el cual estaba aprisionado en una especie de caja metálica, muy semejante a un

ataúd colocado de pie.

La caja tenía varias conexiones, las principales de las cuales iban a un casco en el que Coleman tenía colocada la cabeza, bien sujeta por una especie de argolla que se cerraba sobre su cuello.

Se produjeron algunos destellos en tomo al casco que llevaba Coleman, y éste volvió a gritar.

Stanley, aun a riesgo de destrozar a su compañero de equipo, hizo funcionar los rayos desintegradores, rompiendo las conexiones y destrozando parte de aquella especie de ataúd en que el profesor estaba aprisionado.

Stanley, solo en aquella dura acción, tan pronto vio que Coleman dejaba de sufrir, giró sobre sí mismo y comenzó a lanzar emisiones de rayos contra los hombres de *graby* que intentaban rodearlo, con intención de destruirlo.

Se escucharon gritos de mando y también de angustia, de horror, al prever algunos *graby* que había llegado su último momento.

Y fue cosa de décimas de segundo que Stanley se deshiciera de todos sus enemigos, quedando solo con Coleman, el cual respiraba con dificultad, sujeto aún a aquel ataúd metálico.

A oídos de Stanley llegó el fragor creciente de las aguas.

Se habían abierto nuevas vías, y el líquido elemento comenzaba a llegar al suelo de la sala en que se hallaban.

Coleman dijo algo a su joven compañero, algo que éste no entendió.

Pero Stanley, sin una vacilación, corrió hasta donde se hallaba el profesor, examinó las argollas que lo sujetaban y, al comprobar que no era posible abrirlas sin desintegrarlas en todo o en parte, hizo girar la caja metálica.

Entendió entonces perfectamente a Coleman, que le decía:

—Adelante. No vacile, comandante. Prefiero morir de una vez desintegrado por nuestros rayos, que padecer aquí una larga agonía...

—No sería muy larga, profesor. Es cuestión de minutos que esta sala quede anegada.

—Motivo de más…

Un nuevo estruendo, producido en el exterior, indicó claramente que se había abierto una nueva vía de agua.

A poco, entraba una oleada del líquido elemento, oleada que arrastró el cuerpo del *graby* que había resultado herido y que, paralizado, no estaba en condiciones de luchar contra la corriente.

Stanley se dio cuenta de que el profesor Coleman estaba aterrado. El sabio había perdido el aplomo, la seguridad de que siempre había hecho gala.

Y se apresuró a atacar, con su emisor de rayos, las sujeciones metálicas que inmovilizaban al prisionero.

Hubo de proceder con el máximo tacto para evitar que Coleman sufriese los efectos de la terrible arma que en aquel momento resultaba liberadora, pero que se podía convertir en instrumento de muerte contra la vida que se pretendía salvar.

Hubo momento en que Coleman, perdidos los nervios, gritó y se retorció hasta donde le permitían las sujeciones.

Y Stanley, aun sintiéndolo mucho, hubo de golpearle para hacerle perder los sentidos, y que no fuese un obstáculo para su propia liberación.

Llegó otra fuerte turbonada de agua que, de momento, cubrió al joven hasta la cintura, aunque luego descendió de nivel hasta cubrirle solamente las piernas.

Logró, finalmente, librar a Coleman de todas las sujeciones.

E inició la marcha, llevando el inanimado cuerpo del profesor en un brazo, mientras con el otro mantenía preparado para la acción su emisor de rayos destructores.

Se habían estropeado los ascensores que conducían a los pisos superiores.

Y Stanley hubo de dirigirse, con su carga, hacia una escalera situada al fondo de una especie de *hall.*

Le sorprendió de improviso un fragor producido por el agua, y hubo de aferrarse a la barandilla y sujetar bien al profesor para no ser arrastrados por la turbonada de agua.

Prosiguió subiendo. Se había producido inundación en el piso superior al que terminaba de dejar; y en éste, unos pilares de sustentación, incapaces de resistir el aumento de peso, se cuarteaban y comenzaban a desplazarse del lugar en donde se hallaban.

Llegó, al fin, Stanley al piso siguiente. Y apenas en él, pudo ver cómo se abría una sima en el suelo, al tiempo que se producía el estrépito de los pilares al caer destrozados, unido todo al fragor del agua que se lanzó por el enorme boquete, el cual fue agrandando, amenazando con destruir el piso.

Temió Stanley que se iba a ver tragado y arrastrado por las aguas, junto con su carga, cuando vio que el forzudo compañero de Lawa Caron le echaba un lazo, desde el piso superior.

Se asió a él y colocó adecuadamente al profesor Coleman, el cual comenzaba ya a dar señales de vida.

Tan pronto estuvieron asegurados en la cuerda, el hombre de Airón, con la ayuda de algunos de sus compañeros, comenzaron a izar a los dos seres de la Tierra.

En tanto, según Stanley pudo apreciar pronto, Margy Loos y Lawa Caron luchaban con sus desintegradores, conteniendo a los *graby* que intentaban destrozarles a su vez.

Apenas arriba, el compañero de Lawa Caron dijo a Stanley:

—Creí que se perdían ustedes. Aquí no hay cuidado, por esta parte, estamos ligeramente por encima del nivel de las aguas del lago.

Algunas de las jóvenes que se habían salvado con Lawa y con Margy, se hicieron cargo del profesor Coleman.

Y así, tanto Stanley como el hombre que le había salvado se pudieron incorporar a la lucha.

De improviso, se abrió una puerta ante el grupo que formaban los terrestres y sus amigos de Airón. Y en la puerta aparecieron, uno tras otro, tres vehículos que, a juzgar por la acción de los *graby* que los manejaban, debían ir cargados de explosivos.

—¡Los van a lanzar contra nosotros! —exclamó Lawa Caron.

Margy, silenciosa, apuntaba ya al vehículo que se hallaba en cabeza y, sin pensarlo un instante, pulsó el disparador de rayos.

Siguió una espantosa explosión y tanto los terrestres como sus amigos, alcanzados por los efectos de la onda expansiva, se vieron arrancados del suelo y lanzados por el aire.

Iban por el aire aun cuando escucharon tres o cuatro explosiones más.

CAPÍTULO XII

Stanley cuidó de encogerse, haciéndose materialmente un ovillo cuando se vio lanzado por el aire, llegando, por unos momentos, a perder la noción de cuál era su situación.

De pronto, sufrió un recio choque, que frenó su caída.

Y experimentó la sensación de frescura, propia del agua.

Recibió la impresión de que profundizaba en ella como si fuese una bala, y llegó a faltarle la respiración.

Y de pronto, notó como si una gigantesca mano le empujase hacia arriba sintiéndose deslumbrado por la luz del día, cuyo astro se proyectaba, violento, sobre el lago.

Oyó la voz de Margy, que gritaba cerca de él:

—¡El profesor! ¡Que se hunde!

Stanley tomó aire, el cual, tras aspirarlo con delicia, lo fue soltando lentamente.

Fue entonces cuando descubrió a Margy, quien, tras su aviso, nadaba vigorosamente en dirección al lugar en donde el profesor Coleman se debatía, tratando de no hundirse.

Nadó Stanley también con el mayor vigor, aunque cuidando siempre de no perder su aparato emisor de rayos que, milagrosamente, había conservado. Más lejos, Lawa Caron y otros indígenas de ambos sexos acudían asimismo en ayuda de Coleman.

Otros indígenas, desde la orilla del lago, presenciaban la escena, dispuestos a lanzarse al agua, si fuese necesario.

Tres de ellos preparaban una embarcación para botarla.

Margy llegó hasta Coleman antes que Stanley, lo asió y lo hizo girar, colocándole una hábil llave para mantenerlo a flote, y que no le pudiese estorbar sus movimientos.

—Ahora, tranquilo, profesor Coleman. Somos nosotros, y estamos ya a salvo.

—Ha sido una auténtica y terrible pesadilla —dijo el hombre de ciencia—. Pero no me sueltes aún, por favor.

Stanley se reunió al grupo, y tomó a Margy por la cintura para que a ella le fuese más fácil sujetar al profesor, con menos esfuerzo.

La joven se apresuró a decir, en tonillo humorístico:

—¡Comandante! Es el profesor Coleman el que está en peligro. Yo me mantengo estupendamente...

—Oh, perdón. Estoy aturdido aún... —se disculpó Stanley.

—Bien, si se siente a gusto así, puede seguir ayudándome... A mí no me molesta.

—Ya era hora de que te oyese decir algo sensato... Has estado a punto de enviarnos al diablo, al provocar la explosión.

—Es que, si no la hubiese provocado, quienes nos hubiesen

enviado a la eternidad, habrían sido ellos. Había que correr el riesgo... Y por favor, ya que habla de diablos...

Señaló con el ademán a un ser que nadaba, tratando de ganar la orilla, pasando inadvertido.

Coleman dirigió la mirada también hacia el lugar que señalaba Margy, y comenzó a exaltarse.

—¡Es ella! ¡Esa maldita serpiente *graby*! ¡Me hipnotizó, y pretendían anularme! Querían aprovechar mis conocimientos en su favor...

—Algo así supusimos. Tranquilo, profesor.

—¡Va a escapar! —chilló Coleman.

Pero ya Margy lo soltaba en aquel momento, obligando con ello a que Stanley se ocupase de él.

Margy, libre del cuidado del profesor, nadó vigorosamente, dispuesta a cortar el paso a la rubia Maiwa Songel.

Esta, cuando vio llegar a la joven terrestre, la miró fijamente, intentando dominarla con la mirada, como había hecho con Coleman.

Margy rio, divertida, y atacó inesperadamente, haciendo un giro en el agua para golpear con sus dos pies en el estómago de la rubia, la cual acusó el golpe.

Intentó Maiwa apresar por los cabellos a Margy cuando ésta volvió a asomar la cabeza tras el doble golpe.

Pero la joven oficial del Galaxia II, tras esquivar hábilmente, trabó a su enemiga con una llave de lucha que, prácticamente, la inmovilizó.

—Quieta, sucia serpiente. Quieta o te rompo la columna vertebral. Y tendrías que arrastrarte durante todo el tiempo que te quede de vida.

Bulton Ludow, el marido de Maiwa, se había dado cuenta de la crítica situación por que atravesaba ésta, y acudió en su ayuda, dispuesto a librarla y a tomar un precioso rehén como era Margy.

Pero ya dos mujeres y tres hombres que habían acudido en una de las canoas, se hacían cargo del profesor.

Y Stanley nadaba con brío hacia la zona en donde se iba a plantear el conflicto.

Llegó primero Ludow, pero Margy, sin soltar su presa, lo recibió con un par de golpes que, con ambos pies, le asestó en la barbilla.

Gimió la rubia Maiwa por la violencia del movimiento a que había sido sometida.

Se rehízo Ludow, y se disponía a atacar de nuevo cuando Stanley le golpeó con violencia en uno de los oídos, dejándolo fuera de combate.

Instantes después, los dos terrestres, con sus respectivas presas, nadaban hacia la orilla.

Llegaban a ella cuando se produjeron una serie de fuertes explosiones. Los restos de la grandiosa ciudad semi-sumergida que había sido capital y centro de los *graby*, había sido volada por los hombres de Airón.

Lawa Caron y otros indígenas más se apresuraron a sacar del agua a los dos terrestres y a sus presas.

Hubieron de retirarse rápidamente de la orilla para no ser arrastrados por el embate de las aguas, a causa de la explosión.

Poco después, iba quedando todo en calma. La ciudad era sólo un recuerdo y una pesadilla, en algunas mentes; en las de aquellos que habían sufrido en ella.

Consumada la derrota total de los *graby*, llegaron Zeb Dunkel, Zarah Tanga y otros amigos de Airón, los cuales, tras dar las gracias a los terrestres, se hicieron cargo de los prisioneros *graby*, los cuales eran una decena escasa, contando a Maiwa Songel y a su soberbio esposo.

—¿Qué van a hacer con ellos? ¿Los van a conservar en alguna reserva, como una muestra de los que fueron sus invasores?

—Eso es algo que decidirá nuestra justicia. Hemos de tener en cuenta que esta gente está habituada a mandar, mientras que muchos de los nuestros se sienten sometidos aún. Además, ellos poseen unos conocimientos que no benefician nada al desarrollo de una sociedad... Y con los cuales pueden fastidiarnos...

—Bien. Eso es cosa de ustedes. Les deseamos mucha suerte...

Zeb Dunkel dijo a Stanley:

—Hood Rogers tiene ya todos los materiales que necesitaba para terminar la reparación de su astronave. Podrán irse cuando deseen. Aunque nuestro gusto es que se queden algún tiempo como nuestros más deseados huéspedes. Así asistirán al resurgir de nuestro pueblo.

—Gracias. Pienso que descansaremos una corta temporada. La suficiente para que no nos echen de menos en nuestra base, no sea que se les ocurra venir en nuestra busca...

—Como si fuésemos unos niños perdidos —añadió el profesor Coleman, jocosamente, un Coleman que había recobrado su equilibrio nervioso, al llegar al convencimiento de que los *graby* estaban totalmente vencidos.

De regreso a la base, explicó a sus amigos:

—Esa rubia me trató amistosamente, llegó a hacerme creer que era una víctima más de su propia raza... Y cuando me vio confiado, comenzó su trabajo de hipnotizarme. Cuando me di cuenta, y quise rebelarme, estaba ya vencido; y le obedecí en todo lo que me mandó.

—¿Lo recuerda?

—Solamente en principio. Luego, es una especie de nebulosa, al final de la cual desperté en esa terrible ciudad. Fue ella quien me

despertó.

—¿Qué sucedió allí?

—A lo que pude saber, ella, cuando yo estaba aún bajo su dominio, me hizo hablar. Ellos se dieron cuenta de cuáles eran mis conocimientos científicos. Y resolvieron emplearme para sus fines...

—¿Qué sucedió?

—Me rebelé, pero iniciaron el tratamiento de sometimiento, comenzando por inyectarme... Afortunadamente, llegó vuestra conminación, y suspendieron su acción contra mí. Oí decir que debían ganar tiempo.

—Pero cuando le encontramos, estaba usted a punto de ser tratado de nuevo.

—Sí... Ellos pensaban pasar todos mis conocimientos a una computadora-archivo. Comenzaban ese trabajo, cuando llegasteis...

—¿Y luego?

—Dependía de circunstancias. Si os derrotaban, me conservarían sometido a sus planes. Si ganabais vosotros, me emplearían como rehén, imponiendo la condición de que nos largásemos, si me queríais tener de nuevo con vida...

—¿Cuál era su grado de preparación?

—En algunas órdenes, iban por delante de nuestros conocimientos. En otros, iban a remolque nuestro. Pienso que si, en lugar de ser tan inhumanos, se hubiesen dedicado al progreso, para el bien de todos, olvidando afán de dominio y de venganza, podrían habernos superado a los de la Tierra...

Guardaron silencio, impresionados por todo lo sucedido, y cuyo colofón había sido el relato del profesor Coleman.

* * *

A la mañana siguiente, Margy que había madrugado, tras un largo paseo, se detuvo a orillas del arroyo en que Lawa Caron se bañaba. El astro sol de Airón prestaba ya un agradable calor, el agua estaba limpia, tentadora, el paisaje era un marco adecuado por su agreste belleza.

Y Margy se desnudó, disponiéndose a zambullirse en las transparentes aguas.

Detuvo el salto que prácticamente había iniciado, y se volvió a escuchar el ruido de alguien que se hallaba cerca.

—¡Vaya, comandante! Buenos días... ¿Me espiaba?

—¡Oh, no! Iba de paseo, escuché el ruido y me acerqué a ver...

—¡Me buscaba o buscaba a Lawa Caron? Ella suele venir a bañarse a este mismo lugar. Aunque viene algo más tarde...

—¿Y por qué he de buscarla a ella? ¿O a usted? Paseaba, simplemente...

—Está bien, señor, no se enfade... Y por mí, no se detenga...

—La verdad es que contemplarte desnuda es un auténtico regalo para la vista.

—Al fin, ha dicho algo agradable... ¿Y qué, se decide a traspasar la barrera o prefiere permanecer enfundado en su ropa, como si estuviésemos en el siglo pasado? Claro que usted...

—Yo soy de este siglo... Y si eso es un desafío...

—Nada de eso, señor. ¿Cómo me iba a atrever, con un superior?

—Aquí no hay superiores ni inferiores. Estamos descansando. Y me he decidido a traspasar la barrera esa que tú dices, si me esperas...

—¿Y por qué no? Pero luego no me venga con reclamaciones...

—¿Qué reclamaciones?

—Sencillamente, no me exija que me case con usted...

Rieron alegremente. Y en aquella ocasión, fue Stanley quien empujó a su compañera de aventura al agua, lanzándose él detrás.

Margy nadó vigorosamente, pero Stanley logró alcanzarla pronto.

Rieron alegremente.

* * *

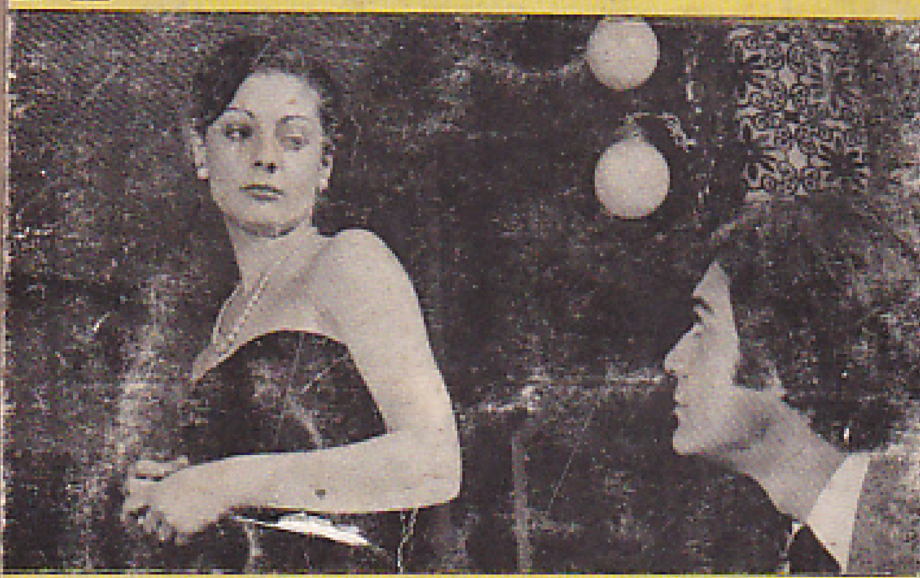
Cuando, ocho días más tarde, abandonaron el planeta Airón, en dirección a su base, experimentaron viva emoción al ver que el pueblo Airón en pleno había acudido a despedirles.

Cada cual en su puesto, no se habían dado cuenta de que llevaban un polizón: Lawa Caron, que había decidido seguir a Hood Rogers, dispuesta a hacerle perder su soltería, a que dejase de ser el *gran solitario*, como ella le llamaba.

F I N

UN SERIAL QUE ENTERNECERÁ A TODOS LOS CORAZONES FEMENINO

¡¡LORENA!



¡LA DESGARRADORA HISTORIA DE UNA POBRE HUÉRFANA, A QUIEN T
QUERÍAN CONVERTIR EN UNA MALA MUJER!

¡EL PRIMER SERIAL DE

Corin Tellado.

LA AUTORA MÁS LEÍDA DEL MUNDO, EN APASIONANTES EPISODIOS SEMANALES! ESCÚCHELA DE LUNES A VIERNES, POR LAS 65 EMISORA DE LAS CADENAS REM - CAR Y CES. ¡TODA ESPAÑA PENDIENTE DE LORENA! UNA EXCLUSIVA DE:

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PT

Impreso en España